

Indice

Vida espiritual

- 162 Un corazón indiviso: la oración y la alabanza
Padre Patrick Griffin, Director general
- 173 El acompañamiento espiritual
Séminarium 2011
Padre Gabriel Naranjo, cm
- 196 Carta del 3 junio de 2012
A todos los miembros de la Familia vicenciana
Padre Gregory Gay, Superior general
- 200 La unión y la colaboración en San Vicente.
Algunas reflexiones para nuestra colaboración con la familia vicenciana
Padre Eli Chaves Dos Santos, cm

Actualidad de las Provincias

Visita de los Superiores

- 210 Visita de Madre Evelyne Franc y Sor Rosa Maria Miro, Asistente general
a la Comunidad de Bebalem, Chad.
Las Hermanas de la Comunidad de Bebalem

Testimonio de las Hermanas

- 213 Provincia de Bogotá
CIEVI. Encuentro de formación continua para América Latina y el Caribe
Las participantes en el encuentro

Historia de la Compañía

De los Orígenes y Actualidades

- 215 La espiritualidad de san Vicente
1ª parte: - Siguiendo a Jesucristo
- La Evangelización
(continuará)
Padre Jean Morin, cm

Padre Griffin, Director general

Encuentro Internacional de Visitadoras, mayo 2012

“Un corazón indiviso: la oración y la alabanza”

Al meditar en lo que significa un “corazón indiviso” en los consagrados, podemos empezar reflexionando sobre la llamada a ser hombres y mujeres de oración. Para ponernos en su presencia, ofrecemos a Dios todo nuestro ser. El Documento Inter-Asambleas recuerda que las Hijas de la Caridad tienen: “*sed de arraigarnos más en Cristo, de profundizar en una relación de intimidad con Él*” (DIA p. 7).

Los místicos escoceses e irlandeses utilizan a veces para describir un lugar santo una expresión que me ha llamado la atención “a thin place”; lo que se traduce literalmente por “un lugar transparente” y significa “un lugar en el que Dios se hace cercano”. La expresión surge de la creencia de que en ciertas zonas y durante ciertas épocas del año, la distancia entre el cielo y la tierra se acorta y estos dos reinos se acercan. El velo que separa nuestro mundo del otro se hace tan fino que a través del mismo se puede ver un poco de cielo. Entiendo esta idea.

Cuando nos encontramos en medio de la naturaleza podemos hacer este tipo de experiencia: impresionados por la belleza y la paz percibimos, de manera fugitiva, la presencia de Dios. Igualmente nos puede pasar escuchando una pieza de música, una poesía o una pieza de teatro: en un momento determinado uno siente algo que es más grande que él mismo. Hay momentos, lugares o acontecimientos que nos permiten experimentar este sentimiento de la proximidad de Dios. Con frecuencia experimento eso en algunos encuentros con otros: un niño, una persona muy bondadosa, un pobre, alguien que pasa por un momento difícil.

Estos lugares en los que “Dios se hace cercano” nos revelan nuestro corazón indiviso: la parte de nosotros mismos conectada al orden de lo creado, se adentra en una mayor apreciación de esa otra parte de nosotros que aspira a su cumplimiento en Dios. Así lo expresa san Agustín en su conocida afirmación: “*Mi corazón no descansará, Oh Señor, hasta que descanse en Ti*”.

Determinados tipos de experiencias que se viven como lugares en los que Dios se hace cercano, son momentos sagrados. Cuando recibimos estas gracias, sentimos que vivimos instantes de eternidad.

La muerte es también un tiempo en el que Dios se hace cercano. Hace algunos años, me pidieron que fuera al hospital, junto al lecho de un hombre que yo conocía desde mi infancia. Su mujer estaba junto a mí. A ratos mi amigo nos hablaba, a su mujer y a mí, tan claro como le era posible y, otras veces hablaba a su madre, a la mía, a su hermano aparentemente con la misma claridad. Pero estas tres últimas personas habían muerto hacía algún tiempo. La enfermera nos decía que tenía alucinaciones, pero yo no estaba tan seguro. El hombre no hablaba de canguros voladores sino de personas reales. La muerte y la agonía constituyen un lugar en el que Dios se hace cercano, en el que este mundo y el más allá se aproximan. No me parece nada irracional que uno pudiera tener un pie en cada uno de estos lugares en los que Dios se hace cercano. Esto por supuesto, hace que el momento sea sagrado. ¿Han tenido experiencia de ello?

La Eucaristía es también un lugar en el que Dios se hace cercano. En la Eucaristía, el cielo y la tierra se acercan. Cuando escuchamos la Palabra de Dios podemos descubrir el estilo de vida al que Jesús nos llama. En la Eucaristía, estamos invitados a comer el pan del altar, que es el Cuerpo y la Sangre de Cristo, presente entre nosotros. Es compartir el banquete celestial. Las *Constituciones* recuerdan la

importancia vital de la Eucaristía, que es el “*centro de su vida y misión, encuentro esencial, cada día, con Cristo y con los hermanos*” (C. 19b). El autor de la carta a los Hebreos dice: “*En consecuencia: teniendo una nube tan ingente de testigos...*” (Heb 12, 1).

Cuando nos reunimos para una Celebración Eucarística, estamos rodeados por la multitud de santos del cielo y por todos cuantos nos han precedido. Es un lugar en el que Dios se hace cercano, donde compartimos La Buena Noticia del Evangelio y el pan del Cielo con la gran comunidad de todos los que nos han precedido y de los que están presentes hoy. Cada celebración es un momento sagrado y un tiempo en el que Dios se hace cercano.

La oración es también un lugar privilegiado en el que Dios se hace cercano. Esto parece realmente evidente. Lo primero que hacemos al orar es reconocer a Aquél al que nos dirigimos, **nos ponemos en presencia de Dios**, estamos en un lugar en el que Dios se hace cercano. La oración es importante para nuestra vida, forma parte de nuestra vocación de personas consagradas, necesitamos profundizarlo y no perderlo de vista. Nuestro corazón indiviso nos invita a esta expresión de cercanía con nuestro Dios.

Hoy, vemos este aspecto especial de la oración como toma de conciencia continua y cada vez más profunda de Aquel al que nos dirigimos en nuestra oración. Recordando continuamente a Dios, nuestro corazón se centra en El y se abre a los demás elementos de la oración. La Escritura nos ofrece algunos ejemplos.

1. Moisés y la Zarza ardiente

El relato de Moisés y la zarza ardiente es uno de los relatos esenciales del Antiguo Testamento. Cuando Moisés está guardando el rebaño de su suegro, de repente ve una zarza ardiendo pero que no se consume. Al acercarse, oye una voz que le ordena descalzarse porque el lugar en el que se encuentra es tierra sagrada. Después, se encuentra en presencia del Dios de sus antepasados. Y Dios le envía hacia su Pueblo para que le libere de la esclavitud en Egipto. Moisés hace entonces esa pregunta tan importante: Si me preguntan quién me envía, ¿qué debo responder? Y Dios revela su nombre a Moisés, representado por las cuatro letras: Y-H-W-H.

Este nombre significa “el que está presente”, es la característica del Dios de Israel. Cada vez que el pueblo clame, Dios escuchará y responderá, estará siempre presente. Más tarde durante su marcha por el desierto, el pueblo de Israel simbolizará esta presencia de Dios. Por último, en el Templo de Jerusalén, el Arca de la Alianza representará la presencia de Dios en medio de su pueblo.

La santidad del nombre divino no es algo exagerado. Cuando el nombre de Dios se pronuncia, Dios está presente. En el año 2008, el Papa Benedicto XVI pidió a la comunidad cristiana que dejaran de pronunciar este nombre en voz alta durante la liturgia. Esto continúa siendo la práctica de la comunidad judía. Pronunciar el santo nombre de Dios en voz alta le haría ordinario. Podemos comprender lo que significa la santidad en este contexto: una realidad que se refiere solo a Dios y que le hace presente.

Cuando nos presentamos ante el Señor y pronunciamos su santo nombre, estamos en tierra sagrada. Así lo experimentó Moisés. Lo que hace que la tierra sea “sagrada”, no es la parcela de tierra, sino el lugar donde uno se encuentra con el Señor. Cada lugar en el que uno se encuentra con Dios, está santificado por la presencia de Dios. Es un lugar en el que Dios se hace cercano. De esta manera, nuestras Capillas, nuestras comunidades locales, nuestros apostolados, son tierra sagrada. Pero también encontramos a Dios tanto en la persona de las Hermanas como de los pobres. Nuestros colegios y hospitales son tierra sagrada, como lo son nuestros despachos y comedores de pobres, nuestras calles y los hogares en los que residen los pobres a los que servimos, son también lugares sagrados. Lugares en los que nos encontramos con Dios presente en medio de su pueblo, son santos, y nos invitan a una respuesta de reverencia y respeto:

descalzarnos, hablar humildemente, dejarnos enseñar. La tierra sagrada es el lugar en el que nos abrimos a la presencia de Dios y le dejamos que toque nuestras vidas, donde escuchamos la llamada a una vida de discípulo más fiel. Estos son los lugares en los que Dios se hace cercano. Son lugares en los que estamos invitados a abrir nuestro corazón indiviso para reconocer a Aquel con quien hablamos.

Cuando santa Luisa escribe a una de las Hermanas (y a nosotros), nos ofrece algunos pensamientos sobre este tema: “*¡Qué verdad es que las almas que buscan a Dios lo encuentran en todas partes, pero especialmente en los pobres! ¡Cuánto me ha gustado el pensamiento que expresa usted a este respecto! Me ha dado motivo para alabar a Dios*”.

(Escritos de Sta.Luisa C 446 A S. Juana de la Croix)

2. María Magdalena y Jesús en el huerto

Uno de mis pasajes evangélicos preferidos relacionados con los lugares en los que Dios se hace cercano es el de María Magdalena en el huerto después de la muerte de Jesús:

“Estaba María fuera, junto al sepulcro, llorando. Mientras lloraba, se asomó al sepulcro y vio dos ángeles vestidos de blanco, sentados, uno a la cabecera y otro a los pies, dónde había estado el cuerpo de Jesús. Ellos le preguntan: Mujer, ¿por qué lloras? Ella les contesta:”Porque se han llevado a mi Señor y no sé dónde lo han puesto”. Dicho esto, se vuelve y ve a Jesús de pie, pero no sabía que era Jesús. Jesús le dice: “Mujer, ¿por qué lloras?, ¿a quién buscas? Ella, tomándolo por el hortelano, le contesta: Señor, si tú te lo has llevado, dime dónde lo has puesto y yo lo recogeré”. Jesús le dice: ¡María! Ella, se vuelve y le dice: “¡Rabboni!”, que significa: “¡Maestro!”. Jesús le dice: “No me retengas que todavía no he subido al Padre. Pero anda ve a mis hermanos y diles: “Subo al Padre mío y Padre vuestro, al Dios mío y Dios vuestro”. María la Magdalena fue y anunció a los discípulos: “He visto al Señor y ha dicho esto”. (Jn 20, 11-18)

María Magdalena se encuentra en la presencia de Jesús, a quien había conocido y amado durante años, pero no Lo reconoce. Está en un lugar en el que Dios se hace cercano, pero en ese momento ella no es consciente de la presencia de Dios. Lloro y busca al Señor, pregunta a los ángeles e incluso al Señor, dónde se han llevado el cuerpo de Jesús. Podemos sonreír ante el humor discreto de esta escena, sobre todo cuando María le pregunta al Señor Resucitado si es él quien se ha llevado el cuerpo de Jesús (lo que con toda seguridad ha hecho). Está tan centrada en su propia historia y en sus expectativas personales, que no es capaz de reconocer al Señor que está frente a ella. Este pasaje debería resonar con frecuencia en nuestras vidas y animarnos a reconocer la presencia de Dios.

Jesús hace a María Magdalena una pregunta clave: “¿A quién buscas?”. Ella buscaba una cosa: el cuerpo de Jesús. Él le invita a buscar no la presencia inanimada de Jesús sino su presencia viva, su acompañamiento, que precisamente está frente a ella. Cuando finalmente Jesús pronuncia su nombre, ella le reconoce. Cuando María Magdalena buscaba lo que esperaba encontrar, se la invita a buscar con su corazón para poder reconocer la presencia de Jesús. Es lo que hace, pero entonces Jesús le dice que no le retenga. Más que tratar de retener su cuerpo resucitado que está ante ella, es una invitación a liberarse de sus expectativas y de sus actuales deseos. María Magdalena debe dejar a Jesús ser el Señor y conducirla a nuevos lugares porque ya no estará con ella a su lado como había estado; es necesario abrir los ojos de su corazón a esta nueva realidad: en adelante, Jesús estará presente de un modo nuevo.

La clave de este encuentro es la pregunta que Jesús hace a María Magdalena: “¿a quién buscas?”. Mientras que ella sigue teniendo en la mente la imagen de lo que espera, no puede ver a Jesús. Pero en el momento en que acepta que el Señor la llame y le responda, puede reconocer con quien está hablando y su experiencia se convierte en un lugar en el que Dios se hace cercano.

Nuestra oración debe también comenzar por esta pregunta: “¿a quién buscamos?”. Si vamos a la oración con nuestras propias ideas y nuestra propia imagen de Dios, y de cómo ha de estar presente entre nosotros para responder a una situación concreta, entonces nos alejamos del Señor Resucitado que quiere secar nuestras lágrimas y abrir nuestros ojos. Nos construimos nuestro propio espacio para el encuentro con el Señor, en lugar de encontrar cómo Él se hace cercano a nosotros. El Señor nos llama personalmente y nos indica la exigencia que contiene esta llamada. Si respondemos con un corazón indiviso permitiéndole ser el Señor, nos introduce en esa verdadera conversación que es oración. Pero necesitamos saber con quién estamos hablando y de qué forma esta presente.

3. Pablo y la experiencia de conversión

El relato de la conversión de san Pablo es uno de los acontecimientos más conocidos en la primera comunidad cristiana. En los Hechos de los Apóstoles está narrado tres veces:

“Saulo, respirando todavía amenazas de muerte contra los discípulos del Señor, se presentó al sumo Sacerdote y le pidió cartas para las sinagogas de Damasco autorizándolo a traerse encadenados a Jerusalén a los que descubriese que pertenecían al Camino, hombres y mujeres. Mientras caminaba, cuando ya estaba cerca de Damasco, de repente una luz celestial lo envolvió con su resplandor. Cayó a tierra y oyó una voz que le decía: “Saúl, Saúl, ¿por qué me persigues?” Dijo él: “¿Quién eres Señor?”. Respondió: “Soy Jesús, a quién tu persigues. Pero levántate, entra en la ciudad, y allí se te dirá lo que tienes que hacer”. Sus compañeros de viaje se quedaron mudos de estupor, porque oían la voz, pero no veían a nadie. Saulo se levantó del suelo, y, aunque tenía los ojos abiertos, no veía nada. Lo llevaron de la mano hasta Damasco. Allí estuvo tres días ciego, sin comer ni beber”. (Hechos 9,1-9)

Habiendo consentido en la ejecución de los cristianos heréticos, Saulo, agresivo y piadoso al mismo tiempo, está en camino para perseguir a la naciente comunidad cristiana. De repente, cae al suelo y, como Moisés y María Magdalena, oye que le llaman por su nombre. De nuevo, es una llamada que lleva a hacer una pregunta. Pablo pregunta: “¿Quién eres Señor?”, y se le responde que es Jesús, a quien Pablo perseguía en las personas de la comunidad cristiana. A partir de esta experiencia, la vida de Pablo se transforma. A través de esta experiencia se nos transmite una importante información.

Pablo que se había mostrado tan violentamente irritado contra la comunidad cristiana, queriendo que sufrieran y murieran, de repente, se convierte en alguien que no solamente velará por evitar que nadie sufra, sino que también estará dispuesto a soportar el sufrimiento y la muerte por el nombre de Jesús y por el Evangelio. El camino de Damasco fue para Pablo un lugar en el que Dios se hace cercano. Encontró el Dios que buscaba y adoraba en su vida, este encuentro tiene lugar en la persona de Jesús. Pablo reconoce quién es Jesús y lo que debe ser para él, su corazón se hace indiviso. En adelante, estará totalmente centrado en Jesús, en el servicio de su nombre y la proclamación de su Evangelio. En el camino de Damasco, Pablo llega a saber descubrir el secreto de **a quién hablaba** durante esta conversación -esta oración.

Aunque nuestra experiencia de conversión no tenga el mismo carácter que la de Pablo, la manera de actuar Dios en la vida de Pablo nos ofrece un bello ejemplo. Pablo tenía una falsa concepción del Dios de Israel. Era, pues, necesario eliminar sus prejuicios, purificar sus representaciones de Dios y su manera de actuar, aprender a escuchar más que a hablar, a vivir en la no-violencia.

Ante la experiencia de conversión de san Pablo y la de san Vicente, siento una gran admiración. Si la conversión de Pablo es espectacular y única, la de Vicente es ordinaria, tiene lugar durante su ministerio. Sin embargo los dos cambian de vida. En el camino de Damasco, Pablo se encuentra con Cristo en su cuerpo resucitado, Vicente se encuentra con él en los cuerpos afligidos de los pobres. Los dos continuaron encontrando a Jesús, a lo largo de sus vidas, abriendo los ojos en los diferentes lugares donde Dios se hace cercano y respondiéndole allí con un corazón indiviso.

4. Nuestra oración y nuestra alabanza

Para continuar nuestra reflexión sobre la oración, volvamos sin cesar sobre estos tres aspectos importantes, prestando una atención especial al primero.

a) ¿A quién hablamos?

El punto de partida, para mí, viene de tomar conciencia de la identidad de Aquel con quien estamos hablando. Una conversación con un extraño, nunca tiene la misma intimidad ni el mismo contenido que una conversación con un amigo. En la oración es importante que nos pongamos en la presencia de Dios sabiendo quién es él para nosotros. Esto puede adoptar formas diferentes según cada persona y según los distintos momentos. Pero ya pensemos en el Creador del universo o en el Salvador crucificado, encontraremos una actitud de alabanza y de acción de gracias por todo lo que el Señor ha hecho y continúa haciendo. Nos admiramos ante la grandeza de Dios y en el modo como se nos hace presente. Nuestra oración debe permitirnos identificar a Aquel al que estamos hablando.

En sus enseñanzas sobre la oración, san Vicente pone de relieve la necesidad de estar atentos a la presencia de Dios: *“He aquí ahora lo que hay que hacer: en primer lugar, ponerse en la presencia de Dios, considerándolo bien sea como está en el cielo, sentado en el trono de su Majestad, desde donde dirige su vista hacia nosotros y contempla todas nuestras cosas; bien sea en su inmensidad, presente por doquier, aquí y allá en lo más alto de los cielos y en lo más profundo de los abismos viendo nuestros corazones y penetrando en los repliegues más secretos de nuestra conciencia; o bien presente en el santísimo sacramento del altar. ¡Oh, Salvador! ¡Aquí estoy yo, pobre y miserable pecador, a los pies del altar donde tú reposas! ¡Oh, Salvador, que no haga nada indigno de esta santa presencia! O bien, finalmente, dentro de nosotros mismos, penetrándonos por completo y alojándose en el fondo de nuestros corazones.”*. (S.V. XI-3; 091.(10.08.57) SOBRE LA ORACION. pp.282-286)

Vicente pone de relieve diferentes manifestaciones de Dios: su divina majestad, su presencia en la creación, en el sacramento del altar, en nosotros mismos. El Señor está siempre presente, de múltiples formas; reconocer su presencia es iniciar el camino de la oración. De hecho, no podemos sino orar, cuando reconocemos que Dios está con nosotros, en este lugar en el que se hace cercano a nosotros.

b) El que nos habla personalmente

En estos tres encuentros, hemos constatado que el Señor conocía a cada uno personalmente y se dirige a él en un momento de su vida: la persecución de Israel por Moisés, el dolor de María Magdalena, la cólera de Pablo:

“¡Moisés! ¡Moisés!”... “No te acerques; quítate las sandalias de los pies, pues el sitio que pisas es terreno sagrado” ... “He visto la opresión de mi pueblo en Egipto y he oído sus quejas”. (Ex 3, 4-5, 7)

“¡María! ... No me retengas, que todavía no he subido al Padre”. (Jn 20,16-17)

“Saúl, Saúl, ¿por qué me persigues?”... “Soy Jesús, a quien tu persigues”.

(Hch 9, 4-5)

Nosotros necesitamos también escuchar al Señor cuando nos habla personalmente. En la oración, nos invita a reconocerle en aquel al que hablamos pero también a escucharle llamarnos por nuestro nombre y hablarle como hijos queridos; el Buen Pastor conoce a sus ovejas y éstas le conocen. Esta toma de conciencia facilita nuestra oración en el momento en que estamos invitados a entrar en el lugar en el que

Dios se hace cercano y nos ofrece entrar en su intimidad. Da consuelo y valentía a nuestro corazón indiviso.

c) Aquél que nos confía realizar una tarea

Cada uno de aquéllos a los que el Señor habla, le confía realizar una tarea.

“¡Y ahora [Moisés] marcha!, te envío al Faraón para que saques a mi pueblo, a los hijos de Israel”. (Ex 3, 10)

“[María] ...Pero anda, ve a mis hermanos y diles: “Subo al Padre mío y Padre vuestro, al Dios mío y Dios vuestro”. (Jn 20,17)

“[Saulo] Pero levántate, entra en la ciudad, y allí se te dirá lo que tienes que hacer” (Hchos, 9, 6)

El Señor nos confía una tarea. En la oración, poniéndonos a la escucha de la voluntad de Dios, el Señor nos clarifica la tarea confiada y nos da su gracia para llevarla a cabo. Es lo que dice santa Luisa:

“Por último, queridas Hermanas, si se mantienen con frecuencia en la presencia de Dios, su bondad no dejará de hacerles ver todo lo que pide de ustedes, tanto en la mortificación de sus sentidos y pasiones como en la práctica de las virtudes que quiere ver en ustedes para que le sean gratas.” (Escritos de Sta. Luisa, C. 211 (L. 193) (A Sor Hellot) 1. pp.218-219 -)

O también, *“Nuestro Señor no dejará de saber encontrarlas cuando quiera darles otro empleo” (Escritos de Sta Luisa, C. 642 (L. 578) A mis muy queridas Hermanas pp.583-584)*

Ponerse en presencia de Dios y escuchar su Palabra, es una bendición, un lugar en el que Dios se hace cercano. El Documento *Vita Consecrata*, describe este corazón indiviso: *“Si un hijo de Dios conociera y gustara el amor divino, Dios increado, Dios encarnado, Dios que padece la pasión, que es el sumo bien, le daría todo; no sólo dejaría las otras criaturas, sino a sí mismo, y con todo su ser amaría este Dios de amor hasta transformarse totalmente en el Dios-hombre, que es el sumamente Amado ».” (VC 104).*

CONCLUSIÓN

La oración implica tomar conciencia de los tres puntos siguientes:

Una persona

En nuestra oración, es necesario estar atentos al Dios al que hablamos. Meditar sobre “¿quién es Dios para nosotros? Es una gracia y un punto de partida que nos conducirá a la alabanza.

Un lugar

La experiencia del encuentro con Dios se tiene en los lugares en los que Dios se hace cercano. Podemos centrar nuestras fuerzas en la realidad del lugar en el que encontramos al Señor. Es un lugar sagrado, y estamos invitados a reconocerlo como tal. ¿Podemos identificar estos lugares en nuestras vidas?

Un corazón indiviso

La verdadera oración emana de una disposición interior que hace de Dios el centro de nuestra vida y nuestro único necesario. Todo lo demás está ordenado a Él. Es este el tesoro privilegiado de una persona consagrada.

Fundamentalmente, la oración nos conduce a un lugar en el que Dios se hace cercano: gracias a un corazón indiviso, es una comunicación sencilla con Aquel que nos ama y que desea ardientemente nuestro amor. Nuestras Constituciones presentan bien el contenido de la oración: *“Uno de los momentos fuertes de su jornada es la **oración**: escucha del Señor, alabanza, acción de gracias, contemplación, búsqueda de su voluntad, presentación de la vida y de las necesidades de los pobres”*. (C 21 b) Estamos invitados a conocer al Señor íntimamente, a dejarnos amar por El, a asumir la tarea de servirle en nuestros hermanos y hermanas. Una parte de nuestro servicio es nuestra sincera oración. Para nosotros, la oración es un “trabajo de amor”. Hoy reservamos para nuestra oración esta invitación litúrgica: “Oremos”.

Padre Patrick GRIFFIN, cm

Director general

Padre G.Naranjo, CM

Seminarium, mayo 2011

El acompañamiento espiritual

Hablando de este tema, no teman asociar acompañamiento y dirección espiritualⁱ. Esta importante dinámica formativa debe ir más allá de un acompañamiento tan respetuoso que no tenga ninguna influencia en la persona dirigida, aunque esta dirección no debe nunca violentar la libertad personal ni sustituir a la persona sino que debe suscitar su colaboración. En la Compañía se le considera como un “medio eficaz”, por no decir indispensable, en relación con una doble finalidad: el seguimiento de Cristo, y la vivencia de la vocación vicentina. De ahí que este servicio no lo puedan prestar más que quien conozca el espíritu de la Compañía y quienes tengan capacidad para suscitarlo, de preferencia será un miembro de la Congregación de la Misión o de la Compañía.

Esta síntesis, al mismo tiempo profunda en su contenido y práctica en sus requerimientos, llena de sentido común, no la encontramos en los artículos de las Constituciones sobre la formación específica, sino en el Capítulo 3º, “Vida de las Hijas de la Caridad”, en la segunda parte, “Relación con Dios”. Esto quiere decir que el acompañamiento espiritual tiene que ver, más con el **ser** que con el **hacer**, y no solo con los tiempos de la formación específica sino también con la formación permanente, es decir, toda la vida.

Dicho esto en el contexto de este Seminarium, es necesario hablar del acompañamiento espiritual como de un elemento fundamental de la formación, no solo en relación con las implicaciones del discernimiento evangélico, sino también con el más profundo enraizamiento de la experiencia de Dios, de su proyección misionera en el servicio a los pobres, de la vivencia de los consejos evangélicos y de la vida fraterna en comunidadⁱⁱ.

Este acompañamiento espiritual debe permitir leer de nuevo su vida, sus elecciones y determinaciones, sus experiencias y dificultades, todo lo que ha pasado en su existencia para construirse como un ser adulto, desarrollar el conjunto de sus posibilidades, aceptar y superar, en la medida de lo posible sus límites y carencias. El acompañamiento espiritual depende de la integración progresiva de las estructuras de la personalidad y del ideal hacia el que tiende.

Hablamos de acompañamiento espiritual en la formación inicial de las Hermanas jóvenes pero también en la formación permanente de las formadoras porque es necesario e indispensable acompañar y ser acompañado. De hecho, la formación es un proceso que dura toda la vida y que afecta al conjunto de la persona: su vida, su mundo interior, sus relaciones, su madurez y su santidad. El acompañamiento espiritual, debe expandirse por todas las esferas del ser y del hacer.

Voy a desarrollar el tema según los puntos siguientes: el panorama existencial del acompañamiento espiritual, su pedagogía, su relación con la oración y su apoyo en la vivencia de los consejos evangélicos.

1- PANORAMA EXISTENCIAL DEL ACOMPAÑAMIENTO ESPIRITUAL

La relación entre contexto familiar, comunitario, social y el desarrollo del individuo, reclama una mirada sobre el entorno socio-cultural del acompañamiento espiritual.

¿Cómo podríamos referirnos a la realidad del mundo en que vivimos? La frase de Neil Amstrong en el momento de pisar la luna lo expresa muy bien: “un paso pequeño para el hombre, un paso gigantesco para la humanidad”. Inspirándonos en esta frase del primer astronauta, podemos decir que la realidad del mundo es un paso. Sí, vivimos un paso, un paso tanto en una época de cambio, como en un cambio de época.

Podríamos precisar este paso como: un cambio de sensibilidad de los hombres y mujeres de nuestro tiempo, que implica sus valores y que define su mentalidad. Este paso se realiza en tres niveles, íntimamente relacionados entre ellos: un desplazamiento

- de la sensibilidad del pasado hacia la sensibilidad por el futuro;
- de la sensibilidad por la ortodoxia hacia la sensibilidad por la ortopraxis;
- de la sensibilidad por la verdad en favor de la sensibilidad por el sentido: hoy las cosas no valen por lo que son sino por lo que significan.

Este desplazamiento pone en juego valores fundamentales que, si no se conjugan, llevan a la humanidad a una verdadera hecatombe:

- detrás de la sensibilidad por el pasado, lo que se pone en juego es el valor de la fidelidad, detrás de la sensibilidad por el futuro, está el valor de la novedad;
- detrás de la sensibilidad por la ortodoxia, lo que está en juego es el valor de la contemplación, detrás de la sensibilidad por la ortopraxis, está en juego el valor de la acción;
- detrás de la sensibilidad por la verdad, está en juego el valor de la objetividad; detrás de la sensibilidad por el sentido, se pone en juego el valor de la subjetividad.

Este nuevo punto de vista de la humanidad produce un determinado contexto existencial que paulatinamente se va convirtiendo en *modus vivendi* (modo de vida) de países y de continentes enteros. Mencionemos brevemente algunos de ellos:

a) Vivimos en una sociedad rota que rechaza las convicciones profundas y las razones para vivir, pero que al mismo tiempo necesita comprender para qué existe y por qué crear lazos y vivir juntos.

b) Hoy, se vive en la periferia, en el exterior del ser, por eso las personas dependen demasiado de las circunstancias y les gustan las apariencias. Nuestra época nos habitúa a un estilo de vida precipitado, a una manera de vivir en continuo movimiento: el hecho de estar siempre con prisa es algo que también se ha hecho común entre nosotros, llevándonos, aunque inconscientemente, a llenarnos de actividades, para demostrarnos a nosotros mismos y a los demás que somos importantes por lo que hacemos y a creer que valemos más por lo que hacemos que por lo que somos.

c) En el mundo occidental sobre todo se ha acentuado el sentido de la experimentación. Reclama como base de conocimiento la comprobación y como medida la eficacia. Por otra parte, nos atrae la satisfacción inmediata de nuestros deseos. De ahí que queramos tener lo mejor, incluso en nuestra formación y en nuestras relaciones con los demás, entonces nos hacemos consumidores de cursos que no interiorizamos ni integramos en nuestros procesos personales.

d) La sensibilidad de la humanidad ha ido disminuyendo poco a poco en todos los sentidos, con una pérdida de la intensidad y una disminución de la capacidad de admiración. Aseguramos que la razón de ser de nuestra vida es Jesucristo, pensamos que vivimos abiertos a la acción del Espíritu, pero permanecemos ciegos para reconocer que nuestro corazón está cerrado y nos acogemos a un seguimiento del Maestro a nuestra medida.

e) Una de las consecuencias más inmediatas de estos fenómenos es la tendencia al olvido, que va emparejado con la disminución de la capacidad de percepción;

f) Estamos saturados de modelos superficiales de identificación, como los artistas, mientras que faltan verdaderos modelos en el interior de las familias o de nuestras comunidades, o más bien no los vemos.

g) En este momento histórico, de incontrolable novedad, el mundo pretende caminar al margen de toda referencia creyente, sobre todo institucional, con el agravante de que la misma Iglesia parece estar en crisis y perder una gran parte no tanto de su verdad, cuanto de su sentido.

h) Por otra parte, el sentido de Dios con el que se configuraban nuestros pueblos ha sido reemplazado en los últimos tiempos por el sentido del hombre: desplazamiento de Dios en aras de la afirmación del ser humano.

i) El teo-centrismo se ha sustituido por el antro-po-centrismo, la autoridad divina por la autonomía humana, la caridad por la justicia. De esta manera se puede constatar una pérdida del espacio de Dios, que

se traduce por un mundo secularizado o en vías de secularización y, por lo mismo, si no es ateo, está en camino de serlo.

Por otra parte, la historia de la humanidad experimenta ahora un hecho que antes no había conocido: nunca había habido tantos cambios al mismo tiempo como en nuestra época. He aquí algunas de sus manifestaciones:

a) La posibilidad casi ilimitada de análisis y de conocimiento que ha permitido a la ciencia penetrar en el secreto más íntimo de las células y en los lugares más recóndito y distantes del universo. Nos encontramos con una humanidad dotada de un inmenso poder en cuanto al conocimiento, pero de una sabiduría muy escasa.

b) La creciente posibilidad de que el hombre altere el ritmo de la naturaleza para realizar cosas que antes ni se podía imaginar, por ejemplo, la manipulación genética.

c) Los descubrimientos de la psicología que están modificando los conceptos tradicionales sobre el comportamiento y la responsabilidad humana.

d) La valoración de la mujer (derechos, dignidad, igualdad) como no se había visto nunca en la historia humana, presagio de cambios inimaginables en la configuración de las sociedades.

e) Los medios de comunicación que transforman al mundo en un pueblo y condicionan de manera incontrolable el comportamiento y el pensamiento humano.

El documento de “Aparecida” califica este cambio de época como un fenómeno fundamentalmente cultural. Destaca la importancia del subjetivismo que lo sustenta, como causa o como efecto, y subraya al respecto una implicación de gran trascendencia: *“Recae, por tanto, sobre el individuo, toda la responsabilidad de construir su responsabilidad, de afirmar su libertad y de tener razones para vivir que ya no le son dadas por la tradición como sucedía en el pasado”*ⁱⁱⁱ. Desde el punto de vista religioso, la misma Conferencia reconocía la sensibilidad que caracteriza a los últimos tiempos, pero con el agravante de que es “ambigua”, difusa, indescifrable, difícil de orientar.

Por supuesto, este cambio de modelo está relacionado con fenómenos como la globalización, la hegemonía económica y tecno-científica, que descuida el “capital humano” de nuestros pueblos y un ejercicio del poder poco humano por su falta de respeto de los derechos humanos y por su poco interés por la solidaridad y la democracia.

Ante este preocupante panorama, la Iglesia, y por lo tanto la Compañía, se siente, al mismo tiempo vitalizada y debilitada. En Aparecida los obispos los reconocen con humildad que *“El pluralismo cultural y religioso de la sociedad actual repercute fuertemente en la Iglesia. Hay otras fuentes de sentido que compiten con ella, relativizando y debilitando su incidencia social y su acción pastoral”*^{iv}.

1. LA PEDAGOGÍA DEL ACOMPAÑAMIENTO ESPIRITUAL

El acompañamiento espiritual debe hacerse en función de la fragilidad del mundo en que vivimos. Debe utilizar al máximo las cualidades de las jóvenes que vienen a llamar a las puertas de la Compañía. Durante el periodo de formación, el acompañamiento debe establecer fundamentos que garanticen una vida fiel y feliz, dar cohesión a los elementos específicos del carisma y facilitar así la integración.

Para conseguir esta finalidad, voy a citar solamente algunos objetivos y algunos criterios.

A) OBJETIVOS DEL ACOMPAÑAMIENTO

a) **El conocimiento personal:** el acompañamiento espiritual tiene por objeto dar un nombre seguro a sus experiencias, administrar sus carencias para crecer en una mayor autenticidad en la relación con Dios. La persona que acompaña permite descubrir las eventuales resistencias, los miedos, los mecanismos de

defensa, las transferencias que pueden producir auto-engaños a la hora de identificar realmente su verdad personal

b) **La libertad interior:** el acompañamiento espiritual tiene por objetivo desarrollar la capacidad de amar y de ser amados, de crecer en la fe en sí mismo y en Dios, de superar los apegos y las servidumbres. El acompañamiento ayuda a identificar las huellas dejadas en el ser por las experiencias precoces y las repercusiones que condicionan el presente, las heridas siempre vivas.

c) **La fe personal:** el acompañamiento espiritual tiene por objetivo mantener una vida según el Espíritu.

d) **El proyecto de vida** concreto y realizable: el acompañamiento espiritual debe permitir la mayor coherencia posible, como camino de realización personal y como respuesta a Dios.

B) CRITERIOS DEL ACOMPAÑAMIENTO

a) **La escucha cordial y atenta:** tal como se narra en el diálogo de Jesús con la Samaritana^v; o con los discípulos de Emaús^{vi}. El Maestro pregunta, escucha, interroga para conducir a sus interlocutores hacia un camino de interioridad.

b) **La capacidad de admiración:** fundamental en toda experiencia religiosa porque abre la mirada y el corazón para acercarse a la variedad incalculable de las seducciones de Dios y de las respuestas humanas. La persona que acompaña tiene la convicción de que Dios actúa en todos, concediéndoles dones y carismas particulares. Así, llega a tener una estima auténtica por sus “dirigidos” que va hasta el respeto.

c) **La mirada de fe:** el acompañante espiritual debe ser portador de la experiencia de la paternidad de Dios^{vii} como fundamento de su vida y estar lleno de esperanza. Podrá ser testimonio de fortaleza ante la adversidad, de consuelo ante las dificultades, de luz en la oscuridad y de confianza en Aquel que nunca abandona la obra de sus manos. Si vive de esta manera será más fácil que el acompañante sepa escuchar, admirarse y respetar, la semilla caída en la tierra^{viii}, ver el grano de mostaza destinado a convertirse en un árbol^{ix} y descubrir el misterio de la levadura que fermenta toda la masa^x.

d) **La valoración de los encuentros:** que se desarrollarán en diversos climas con intensidades diferentes, porque los hay sistemáticos, espontáneos, circunstanciales, exigidos por el acompañante o por el dirigido o por la comunidad de formación.

III- EL ACOMPAÑAMIENTO ESPIRITUAL EN LA ORACIÓN CRISTIANA

En las Constituciones la finalidad del acompañamiento espiritual es ayudar a la Hermana joven a adquirir un sólido espíritu de oración para darse a Dios.

¿Dónde radica el secreto de la identidad de la Hija de la Caridad? ¿Qué dinamiza su vitalidad apostólica? ¿Qué le permite conjugar su ser con su acción, su vida con su misión, su experiencia espiritual con el don apostólico? ¡La oración! San Vicente decía a los misioneros: “*Dadme un hombre de oración y será capaz de todo*”.

Cuando se habla de espiritualidad, el acompañamiento espiritual debe dar a entender rápidamente la diferencia entre la oración cristiana y la oración pagana. En la oración pagana el creyente intenta romper la resistencia de Dios, en la oración cristiana el creyente intenta romper su propia resistencia; la oración pagana es individualista y gira en torno a ella misma, la oración cristiana es comunitaria, abierta, universal. Pero la clave de la distinción entre una y otra está en la viva convicción de los Padres de la Iglesia: “¡mientras que los paganos viven convencidos de que aman a Dios, los cristianos vivimos con la convicción de que Dios nos ama!” Un buen acompañamiento espiritual debe partir siempre de este presupuesto.

Hablar de oración realmente es interrogarnos sobre la profundidad de nuestra vida teologal. La oración es un diálogo de corazón a corazón, es decir, una actitud de escucha, de apertura, de disponibilidad,

de familiaridad con Dios. La oración consiste en una elevación del espíritu a Dios, la oración es al espíritu lo que el pan para el cuerpo: un alimento de vida.

La oración nos lleva a la identificación con Dios a su nivel, un estado en el que el alma no hace más que recibir lo que Dios le da; en realidad consiste en una elevación del Espíritu a Dios. De ahí que la oración sea para el alma, lo que el alma es al cuerpo: alma del alma; y la oración es al Espíritu, lo que el pan es al cuerpo: alimento de vida.

a) Relación entre oración y vida

No se puede dissociar la una de la otra. La oración implica un cierto alejamiento de los quehaceres diarios y al mismo tiempo permite contemplar nuestra vida a la luz del Evangelio para darle sentido.

b) Relación entre oración y comunidad.

La oración es un elemento que congrega y une; por el contrario, el descuido de la oración crea distancias entre nosotros. El Padre nuestro es un signo de la unidad de los apóstoles, un signo de su vida en común. Con razón se dice que en la oración uno sale de sí mismo para encontrar al Otro (con mayúscula), y uno sale de la oración para encontrar a los otros. Necesitamos estar solitarios en la oración para ser solidarios en la acción.

c) Relación entre oración y exigencia.

El mejor eco de la oración, el más inmediato, es la conversión, el cambio de corazón y de vida que se expresa en el esfuerzo por acomodar la vida al Evangelio.

d) Relación entre oración y persona.

La oración proporciona una unidad que proviene del amor, es decir, de la unidad que permite al hombre estar con Dios, que no es solo Verdad y Bien, sino también una Persona.

e) Relación entre oración y alternativa.

El cristiano que no ora es un luchador más, forma parte del mismo grupo que el revolucionario que pretende cambiar un sistema por otro. Pero el cristiano que ora se compromete a amar al hombre a la manera de Cristo.

f) Relación entre oración y palabra.

El lenguaje mediático, el torbellino de los medios de comunicación, la rapidez de las noticias, el aprendizaje de las lenguas, la verborrea de los discursos, no siempre están al servicio de la verdad. La base de la relación entre oración y palabra reside en el hecho de que la oración es un movimiento divino, de Dios hacia el hombre, donde el Verbo se hace carne; y es también un movimiento humano, del hombre hacia Dios, donde la palabra humana se hace revelación, en la medida que sea verdadera, veraz, segura, incuestionable.

Una buena orientación espiritual permite ver que la crisis personal o generalizada de la oración se debe a la infidelidad a la palabra dada, al relativismo ante las promesas, a la condescendencia frente a la claridad de las relaciones, a la consideración individualista frente al valor de la exigencia.

IV SEGUIMIENTO DE CRISTO, CONSEJOS EVANGÉLICOS Y ACOMPAÑAMIENTO ESPIRITUAL

En el Evangelio de san Lucas^{xi}, los consejos evangélicos son condiciones ineludibles para seguir al Maestro, para identificarse con Él. La Compañía, bendecida por la sangre de las Mártires, está llamada a asumir ese testimonio, quizás no entregando la vida por la fe, sino mediante la vivencia, a veces heroica, de la caridad cada día.

El discípulo de Cristo, se reconoce a través de un “estilo de vida” y un “estilo de acción” que implican los consejos evangélicos de castidad, pobreza y obediencia, como la manera ordinaria de seguir al Maestro, si se tiene en cuenta que conducen a la identificación con Él por las actitudes y un modo de ser.

Nuestro compromiso de seguimiento del Maestro debemos asumirlo en un mundo que ha cambiado mucho desde el comienzo de nuestra vocación. ¿Cómo asumir lo vital y creativo en esta nueva cultura, aprender de ella y acogerla para el Reino, partiendo de los Consejos evangélicos? ¿Cómo predicar la esperanza en un mundo con frecuencia marcado por el fatalismo y tentado por la desesperación? ¿Cómo seguir a Jesús en su estilo de vida en una época afligida por sistemas económicos que están minando las estructuras sociales de la mayor parte de los países del mundo? ¿Qué Buena Nueva podemos anunciar desde nuestra vivencia de los consejos evangélicos en un mundo que se aleja de Dios? De algo podemos estar completamente seguros: hoy la suerte de los pobres necesita más que nunca nuestra vocación, y nuestra respuesta a las expectativas de los pobres depende de nuestra condición de discípulos de Jesús, casto, pobre y obediente.

Pero sí debemos hacer frente a los enormes y atractivos retos de hoy renovando el sentido de nuestra aventura en el seguimiento de Cristo, debemos también profundizar mucho más en la manera como la sociedad y los jóvenes consideran los consejos evangélicos. ¿Cómo presentarlos como fuente de vida y energía y al mismo tiempo conservar nuestra esperanza y la de los demás? En nuestra vocación de Hijas de la Caridad, los Consejos evangélicos son medios: nos damos a Dios para y en el servicio de los pobres.

Los consejos evangélicos se oponen con fuerza a muchos de los valores de la sociedad en la que vivimos, particularmente con el consumismo que rápidamente se ha convertido en la cultura predominante del planeta. La obediencia se opone a la idea de autonomía y de individualismo; la pobreza es un signo de fracaso y de exclusión; la castidad aparece como un rechazo absurdo del derecho humano a la sexualidad. Después de habernos comprometido a seguir Maestro por medio de los Consejos evangélicos, es casi seguro que en un momento dado de nuestra vida, nos encontremos con dificultades para perseverar. En cualquier circunstancia, podremos tener la impresión de que nos están condenando a la frustración y a la esterilidad. Si los vivimos como una expresión del amor de Dios y del amor a Dios, constataremos entonces que el sufrimiento que implican será fructuoso y que la muerte, por la que nos hacen pasar, nos abrirá el camino hacia la resurrección. En este contexto al discípulo de Cristo se le pide profundizar en el sentido de las promesas y en el sentido de la libertad evangélica.

a) El sentido de las promesas

Hoy constatamos una pérdida de confianza en las promesas. Ésta aflora en las crisis del matrimonio: el alto índice de divorcios, las continuas peticiones de dispensa de votos de muchos religiosos. ¿Qué sentido puede tener hoy una palabra dada para siempre?

Una de las razones por las que comprometerse con una promesa no se toma en serio, porque las palabras han perdido poco a poco su importancia. Por su abundancia pierden su importancia en la sociedad. ¿Puede uno ofrecer su vida a otro, incluso a Dios, pronunciando solamente unas palabras? Nosotros, cristianos, nos atrevemos a hacerlo porque el mismo Dios ha sido el primero en comprometer su palabra.

A nuestra generación se le ha llamado “la generación de la inmediatez”, es la del momento presente. Esto puede ser fuente de una admirable espontaneidad y frescura con las que podemos alegrarnos. Pero si el momento presente es un momento de pobreza y de fracaso, de derrota y de opresión, entonces ¿qué esperanza podemos encontrar y dar? Por naturaleza, los consejos evangélicos apuntan a un futuro desconocido. Representan un acto de absoluta generosidad porque conducen a dar en un solo instante, una vida que debe ser asumida sucesivamente en el tiempo. Para muchos hoy, esta entrega por un futuro que no se conoce es absurda. ¿A quién voy a encontrar y cómo va a reaccionar mi corazón, ya sea con relación a la castidad, o a la obediencia? Para nosotros, este acto forma parte de nuestra dignidad de hijos de Dios, es una reacción de confianza en el Dios de la Providencia. Los Consejos evangélicos continúan siendo un acto con un sentido muy profundo, un signo de esperanza en Dios.

b) El sentido de la libertad evangélica

El inicio de la predicación de Jesús fue la proclamación del cumplimiento de las promesas de Dios, anunciada por la boca de Isaías: libertad para los prisioneros y los oprimidos^{xiii}. Se trata del texto que inspiró a san Vicente para definir el lema de la Congregación: “El Señor me ha enviado a evangelizar a los pobres”. El Evangelio del que debemos dar testimonio es precisamente aquel en el que se habla de la

opción por los pobres y al mismo tiempo de la libertad. En otras palabras, nuestro servicio a los pobres debe consistir en fomentar en ellos la libertad de los hijos de Dios: “*para la libertad nos ha liberado Cristo*”^{xiii}. Es pues paradójico que nosotros, que debemos llevar la libertad a los demás y por lo tanto ser libres, pretendamos comprometer nuestra libertad renunciando a nuestra propia voluntad. Para el mundo de hoy que aspira a la libertad, la obediencia es un escándalo. Y nosotros, ¿a qué libertad aspiramos?

Lo que llamamos “un mundo libre”, se caracteriza con frecuencia por una incapacidad para organizar su vida y dominar su destino. Los Consejos evangélicos no enfrentan a cuestiones tales como: ¿qué tipo de libertad deseamos vivir en Cristo?, ¿de qué manera lo expresan los Consejos evangélicos? ¿Cómo nos ayudan a nosotros a vivir la libertad de los hijos de Dios? Para hablar de libertad y dar nuestra vida a la Compañía, tomamos como modelo a Jesús obediente a su Padre. Es la libertad del ser, la libertad del que ama.

En respuesta a la llamada de Cristo que nos invita a seguirle y a ser testigos de su caridad en la entrega, los consejos evangélicos comprometen todo nuestro ser.

DOS DIMENSIONES PARA VIVIR LOS CONSEJOS EVANGÉLICOS AL ESTILO DE CRISTO.

1- Los Consejos evangélicos expresan la dedicación total en el seguimiento del Maestro que nos ha cautivado. Porque reconocemos en Él el modelo de modelos, no según el estilo superficial de los héroes de hoy, sino un modelo que me conduce, que se convierte en el Señor de mi existencia y al que quiero seguir radicalmente, lucho por identificarme con Él en la castidad, la pobreza y la obediencia, y así vivo mi vocación. Estos consejos expresan la totalidad y la radicalidad del seguimiento del Maestro.

De este primer elemento se deduce que los consejos evangélicos radicalizan la consagración bautismal, porque afecta a toda la vida. Este carácter integrador de los consejos evangélicos implica a todo el ser de la Hija de la Caridad e incluye también a su misión, de manera estrechamente unida, porque: vivir bien uno de los tres Consejos evangélicos hace crecer a los otros dos, del mismo modo, el hecho de faltar a uno de ellos empobrece a todos.

2- Los Consejos evangélicos tienen un carácter claramente apostólico: liberan para la misión, proyectan irresistiblemente la llamada de Dios hacia el don apostólico. El amor da la libertad y la disponibilidad. Los Consejos evangélicos nos ponen siempre en situación de partida, en actitud de “desinstalación”, siempre dispuestos a responder a las llamadas. Los Consejos evangélicos que no fueran esencialmente apostólicos, no serían vicencianos.

ALGUNAS ACLARACIONES PARA CADA CONSEJO EVANGÉLICO

LA CASTIDAD: AMOR EN EL CELIBATO^{xiv}

a) Radicalización del amor

Con respecto a la castidad que libera el corazón y lo ensancha a las dimensiones del corazón de Cristo, lo primero que hay que afirmar es que se trata de una radicalización del amor: don de Dios, fruto del amor que Él nos tiene. Es, pues, imposible vivir la castidad sin una gran capacidad para amar, lo que quiere decir que la densidad del amor de una Hija de la Caridad debería poder medirse por su capacidad de admiración por todo aquello a lo que ha renunciado. Afecto, generosidad, entrega, amistad, deben animar su vida, de tal manera que los que se benefician de esto descubren en ella el Amor de Dios.

Según esta gran verdad, la castidad no se identifica con la virtud de la pureza representada por una estatua de mármol: blanca, limpia pero terriblemente fría. No creo en la castidad de una Hermana que apenas es pura si su ascesis no se traduce en amor misionero, en misericordia maternal, en fraternal paciencia. Si vivir la castidad para nosotros no es una radicalización del amor, se convierte en una mutilación, una negación del valor que es la sexualidad.

b) Perspectiva escatológica

Es preciso afirmar que la castidad es un verdadero camino de liberación, una fuente de fecundidad espiritual; conduce al que la vive y a los que son testigos de esa vivencia en una perspectiva escatológica. La castidad nos dispone para ser pobres, desprendidos, e incluso obedientes, lo que se manifiesta, por ejemplo, en la disponibilidad para ir a todas partes. En este sentido, el efecto inmediato de la castidad es una gran capacidad para salir de uno mismo y dejarlo todo para responder a las necesidades de los pobres.

c) Un valor

La castidad es un valor que hay que asumir en un mundo permisivo, en el que el sexo se ha convertido en un fin. Nos asfixia la propaganda dietética y la pasajera belleza de la juventud, el control de la natalidad es impresionante, se desmorona la familia, se acaba el heroísmo. Se pretende elevar a la dignidad de familia las uniones homosexuales; se vive superficialmente, el hombre ha perdido sus referencias... porque se actúa a impulsos de la pasión inmediata y no por un ideal.

Sin embargo, este mundo suicida por su desenfadada búsqueda hedonista, es capaz de descubrir en nosotros la novedad de la castidad, de percibir que ésta denuncia con fuerza el erotismo y que es una real afirmación de la superioridad del hombre sobre el animal, pues la sexualidad es algo más que la genitalidad. Muchos son los hombres de hoy que no creen en la castidad porque les parece absurda, pero con frecuencia este sin-sentido existe porque quienes la vivimos no lo hacemos como un valor. Si no aprendemos a asumirla positivamente, corremos el riesgo de envenenar toda nuestra vida. La castidad debe conducir a amar siempre mejor.

d) Humanidad de la castidad

La castidad implica aspectos esenciales de nuestra humanidad: necesidad de amar y de ser amado, sexualidad, corporalidad, capacidad generativa, amistad, relaciones sociales y comunitarias, expansión, descanso. Todos estos elementos debemos integrarlos en nuestra manera de seguir a Jesús, aunque con frecuencia tengamos miedo de tratarlo, afecta a un área en la que tenemos que luchar solos por miedo a ser juzgados o incomprendidos. Con personalidades sanas, equilibradas, altruistas, es como puede construirse una castidad auténtica: aquella que expresando la madurez llegará a la santidad.

e) Castidad y celibato

En la vocación de la Hija de la Caridad, la castidad implica el celibato. Esto no quiere decir solamente que se evita las relaciones matrimoniales con otra persona, la singularidad de una relación estable en pareja, sino que evitamos también las acciones y los comportamientos ambiguos.

f) Don de Dios

La castidad es un don de Dios, una gracia que el Señor da a los que llama. Esto es tan cierto que la persona que no es capaz de vivir la castidad, aunque sea con sacrificio, o que a pesar de todos sus esfuerzos no logra resultados efectivos, o bien aun la persona que no sienta la alegría de ser casto y de constatar que su castidad es fecunda... esta persona está dando señales que revelan que no ha sido llamado para la vida consagrada.

LA POBREZA: SOLIDARIDAD CON LOS POBRES^{xv}

a) Sentido cristológico

La pobreza vivida en el seguimiento de Cristo, es la característica más evidente de su Encarnación. Ser pobre y vivir cerca de los pobres, es el modo de vida que Dios escogió para hacerse hombre. Ningún otro profeta, ningún otro líder ha ido tan lejos como El en relación con la pobreza: *“el Hijo del hombre no tiene donde reclinar su cabeza”^{xvi}*.

La pobreza no es solamente el consejo evangélico que mejor nos identifica con el Maestro, es el que es más universal y el más asequible para cualquier discípulo. Por su referencia a Cristo, toda comunidad debe evitar amar más la pobreza que al pobre y a Cristo. Esta verdad tiene tres consecuencias:

1. Como los demás consejos evangélicos, la pobreza es una actitud expuesta a la ostentación. Muchos se vanaglorian de su pobreza para denunciar la falta de pobreza de los demás cuando, ellos la viven mal.

2. La pobreza es el consejo evangélico que tiene implicaciones y posibilidades más personales. Mientras que en la castidad, los fallos son más íntimos, en la pobreza los esfuerzos coronados por los logros son más personales.

3. Este consejo evangélico de pobreza es, entre todos, el que más afecta inclinándoles hacia el bien o hacia el mal. Una Hija de la Caridad pobre será con más facilidad casta y obediente.

b) Sentido apostólico

La vocación vicentina orienta la pobreza hacia un sentido misionero: la solidaridad con los pobres. Esto coincide con el carácter apostólico de nuestra vocación que, a partir del seguimiento de Cristo, es totalmente misionera. La castidad afecta al individuo garantizando la unidad de su ser manifestado por un dominio humilde, firme en sus propias fuerzas; la obediencia facilita la acción de la superiora y los objetivos de la comunidad; la pobreza tiene una influencia más directa en la misión: la disponibilidad misionera y el rendimiento de la utilización comunitaria de los bienes.

b) Alcance comunitario

La credibilidad evangélica parece depender más de la pobreza que de la castidad y de la obediencia. Basta recordar el renombre de Vicente de Paúl por su solidaridad con los pobres, el de Francisco de Asís por su desprendimiento personal en favor de los pobres, el de Teresa de Calcuta por la pobreza de los que servía.

c) Testimonio evangélico

La pobreza evangélica exige un compromiso que comprende: la dependencia de Dios, un modo de ser y de poseer, la sobriedad, la dimensión comunitaria, la solidaridad con los pobres. Sin embargo, es importante reconocer que en realidad nosotros no somos pobres. Esto puede ser debido a nuestro origen familiar o las condiciones de nuestra nacionalidad. No somos pobres en el sentido de que no estamos como ellos sometidos a las incertidumbres del futuro o a la inseguridad del desempleo. Mientras que la gente sufre la falta de trabajo o el riesgo de perderlo, nosotros sufrimos por un exceso de ocupaciones. Actualmente, no somos pobres en lo que concierne a la seguridad social o lo que hace por nosotros la Comunidad en caso de enfermedad, ni en relación con las posibilidades de especializarnos y de viajar. Debemos reconocerlo sin mala conciencia pero ¡debemos dar testimonio de pobreza! Lo grave no es tener bienes, sino el no utilizarlos en función del servicio, de la misión y del Reino.

4. LA OBEDIENCIA: DISCERNIMIENTO PARA LA MISIÓN^{xvii}

a) Capacidad de escucha

Con relación a la obediencia, lo primero que hay que afirmar es su relación con la escucha. En efecto, esta tiene que ver con la fraternidad y la vida en común, basadas hoy en el diálogo. La palabra “obediencia” proviene del latín “obaudire”, que significa escuchar. La verdadera obediencia comienza cuando dejamos que nuestro hermano hable y nosotros lo escuchamos hasta el final. Éste es el camino de nuestro crecimiento como seres humanos, estando atentos a los otros para aprender de ellos. El silencio y la soledad, pueden ayudarnos a crecer en la atención y en la sensibilidad hacia los demás. Recordemos que el momento sublime de nuestra redención fue el instante de la obediencia de María cuando “escuchó” al ángel.^{xviii}

b) Actitud de aprendizaje

La obediencia es ante todo una apertura de la mente, como sucede en todo proceso de aprendizaje. La obediencia se hace perfecta cuando quien manda y quien obedece llegan a compartir una misma manera

de ver. La verdadera obediencia se extiende a las ideas y a los principios... La obediencia garantiza la unidad de la Compañía y su fidelidad a su misión específica.

c) Vida comunitaria

El primer lugar en el que practicamos la obediencia es la comunidad: ahí nos escuchamos, aprendemos, dialogamos. Lo que se busca en el diálogo es la unidad de mente y corazón con miras al bien común. Dialogamos para aprender unos de otros con el fin de llegar a un consenso para vivir la comunión fraterna. Esto supone que dedicamos tiempo para dialogar unos con otros cuando se elabora un proyecto en común o cuando se evalúa el trabajo realizado juntos.

d) Responsabilidad personal

La obediencia nunca debe ser una huida de nuestras responsabilidades. Por el contrario, es un camino de estructuración de nuestras responsabilidades comunes, de nuestros diferentes modos de pensar con los que podemos enriquecernos, con nuestros carismas personales, la realización de la misión compartida. La obediencia hoy exige que asumamos la responsabilidad que nos corresponde para responder a los retos del servicio a los pobres. La capacidad de hacer frente no debe desaparecer por una pasividad que no tiene nada que ver con la obediencia. Más aún, frente a la responsabilidad de acelerar la llegada del Reino, deberíamos sentirnos movidos por la obediencia que nos hace cada vez más participativos. A veces lo que nos impide hacer cosas nuevas es el temor a asumir responsabilidades. Una comprensión de la obediencia que se orienta hacia el diálogo y el reparto de responsabilidades, podría dar la impresión de que es menos exigente y menos radical que en otras épocas. Me parece que es todo lo contrario: en la medida en que se afirme la responsabilidad de cada uno, la obediencia es más auténtica porque exige que demos todo lo que somos y que recibamos todo lo que los demás nos pueden aportar. Y como siempre habrá una tensión entre el proceso de diálogo, la búsqueda del común acuerdo y el abandono de uno mismo. La última solución será siempre la entrega total del propio ser a la voluntad de Dios, manifestada en la comunidad, no como un compromiso negociado sino como un acuerdo fruto de un discernimiento sincero, humilde, creativo.

e) Sentido pascual

La obediencia es inseparable de la cruz, tiene un sentido pascual. Ve y va más allá de lo inmediato, porque no depende de nuestras coincidencias, de nuestros gustos, de nuestras sensibilidades. Se trata de imitar a Cristo que se hizo obediente hasta la muerte.

LA VIRGEN MARÍA discípula que discierne, misionera que sirve, creyente que acompaña

Para hacer la síntesis de nuestra reflexión, contemplemos a la Virgen María, de la que san Vicente decía: “es la persona que mejor ha comprendido el Evangelio y lo ha hecho vida”

1. LA VOCACIÓN DE MARÍA EN EL EVANGELIO DE LA ANUNCIACIÓN^{xix}

La escena de la Anunciación nos permite volver al camino de la vida ordinaria del discípulo de Cristo. Tiene lugar en un pueblecito de Galilea, en Nazaret, en el ambiente familiar de la vida diaria.

El texto destaca dos elementos:

a) La acción de Dios: Es un ángel el enviado por Dios para anunciar sus designios a una Virgen. El ángel destaca el papel de la gracia mediante sus primeras palabras: “*llena de gracia, el Señor está contigo*”. Casi inmediatamente repite: “*no temas porque has encontrado gracia delante del Dios*”; dos veces le afirma que su hijo: “*será llamado Hijo del Altísimo... Hijo de Dios*”; y finalmente insiste en que: “*el Espíritu Santo descenderá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra... porque para Dios nada hay imposible*”.

b) La respuesta humana: la gracia no actúa contra la naturaleza sino que la supone. De hecho el tejido de la escena bíblica entrecruza el hilo de la gracia con el de la respuesta humana. Para ponerla de relieve, el evangelista nos comunica los datos del lugar, la edad de la joven, su nombre, su proyecto matrimonial, la ascendencia de su prometido. La primera reacción es de confusión, de incompreensión, de incertidumbre: “*Se preguntaba qué significaba aquel saludo*”; en la segunda reacción expresa idénticos sentimientos: “*¿Cómo será posible?*”; en la tercera reacción se vuelve respuesta con el **Fiat**. Mientras que las palabras del ángel destacan la dimensión teológica, las reacciones de María subrayan la dimensión humana del proyecto vocacional de Dios.

Todo servicio de acompañamiento y de formación, iluminado por la reacción de la Primera Creyente, es también obra de Dios con nuestra respuesta. Esta, será siempre una respuesta humana y una respuesta de fe. Queremos anclar la llamada de Dios, que nos hace discípulos, y el envío del Maestro, que nos hace misioneros, en nuestras condiciones humanas, iluminadas por la fe.

2. ALGUNAS PALABRAS Y ACTITUDES DE MARIA EN EL EVANGELIO

Las primeras palabras nos presentan a María como la Virgen del discernimiento, la hacen discípula. Las palabras siguientes nos presentan a la Virgen del servicio y la hacen misionera. En su conjunto, estas palabras la constituyen en nuestra compañera en el camino de la formación.

1 - “He aquí la esclava del Señor”^{xx}

Respuesta a la llamada hecha oración, es decir, una reacción de fe a un proyecto divino que se realizará en el espacio y en el tiempo, en las sombras y las luces del camino humano. Este Fiat de María implica una condición, su apertura a la voz de Dios y como consecuencia su fidelidad hasta el final.

Discípula del “sí”, ayúdanos a volver a dar cada día un nuevo vigor a nuestra vocación personal mediante la frescura de nuestra disponibilidad.

2 - “Engrandece mi alma al Señor”^{xxi}

Oración exultante de alabanza y de gozo a causa de la reacción de la prima Isabel que reconoce al Salvador que María lleva en su seno.

Nuestra Señora de la alegría, ayúdanos a ampliar nuestra mirada para comprender la perspectiva cristológica de nuestro testimonio cotidiano.

3 - “María se fue a prisa hacia una ciudad de la montaña de Judea”^{xxii}

Reacción inmediata ante la presencia del Salvador, en su interior, para compartirlo con su familia, por su servicio. La unión con el Señor es comunicativa y apostólica.

Virgen de la prisa, sostén nuestro “estar con Él” para comunicarlo, ayúdanos a irradiar su presencia para que otros creen en El y lo sigan.

4 - “María permaneció con Isabel unos tres meses”^{xxiii}

Experiencia de vida comunitaria en el servicio, que anuncia la llegada del Salvador, contexto de su presencia en el mundo, relaciones fraternas, que se transforman en misión en la entrega y la comunión.

Madre de la Iglesia, única Madre de la Compañía, ayúdanos a hacer de nuestras relaciones un anuncio de Jesucristo.

5 - “María y José se volvieron... en su busca... y lo encontraron en el templo”^{xxiv}

El descubrimiento de su ausencia suscita una reacción inmediata de búsqueda acuciante. María lo busca en el templo: no se le encuentra más que en la oración, es preciso buscarlo sin cesar en la intimidad de la oración, en la fidelidad del seguimiento, en el don del servicio.

Nuestra Señora de la búsqueda, concédenos la gracia de perseverar en la oración.

6 - “Hijo, ¿por qué?”^{xxv}

Reproche maternal al Hijo que había hecho sufrir a sus padres con su pérdida entre los peregrinos. Diálogo con el Niño que crece y se forma en el ambiente de la obediencia y de la confianza.

María de Nazaret, educadora de Jesús, ilumina nuestro servicio educativo.

7 - “María guardaba todas estas cosas y las meditaba en su corazón”^{xxvi}

Creyente, María interioriza el don de la revelación y de la llamada.

Creyente en el silencio, discípula de la meditación, misionera del anuncio, ayúdanos a conservar un espacio interior que nos permita escuchar su Palabra para comprender el Evangelio y ponerlo en la práctica.

9 - “Junto a la cruz de Jesús, estaba su Madre”^{xxvii}

Ante la muerte de su hijo y de su Dios, se mantiene de pie, fiel, en posición de creyente, en actitud de discípula. El discípulo corre la misma suerte del Maestro, convencido de que la entrega de la vida es una ganancia.

Nuestra Señora de la fortaleza y de la fidelidad, fortalece nuestro espíritu, afianza nuestra voluntad, confirma nuestra respuesta, a fin de que vivamos al estilo pascual nuestras dificultades y seamos capaces de convertir nuestros sufrimientos en resurrección.

Padre Gabriel NARANJO SALAZAR, cm

Notas

ⁱ C 20b.

ⁱⁱ Cf Compañía de las Hijas de la Caridad de San Vicente de Paul. CONSTITUCIONES Y ESTATUTOS.

ⁱⁱⁱ DA 57.

^{iv} DA 74.

^v Jn 4, 1-42.

^{vi} Lc 24, 1-35.

^{vii} Is 49, 15.

^{viii} Mc 4, 1-9.

^{ix} Lc 13, 18-19.

^x Lc 13, 20-21.

^{xi} 14, 25-33.

^{xii} Lc 4, 14-21.

^{xiii} Gl 5, 1.

^{xiv} Cf C 29.

^{xv} Cf C30.

xvi Mt 8, 20.

xvii Cf C 31.

xviii Cf Lc 1, 26-37.

xix Lc 1, 26-38.

xx Lc 1, 38.

xxi Lc 1, 46.

xxii Lc 1, 39.

xxiii Lc 1, 39.

xxiv Lc 2, 44.

xxv Lc 2, 48.

xxvi Lc 2, 19.51.

xxvii Jn 19, 25.

A todos los miembros de la Familia Vicenciana

Roma 3 de junio de 2012.

¡Que la gracia y la paz de Nuestro Señor Jesucristo llenen nuestro corazón ahora y siempre!

Cada año como saben, proponemos un tema de reflexión y profundización, como Familia, en torno a las celebraciones de nuestro santo fundador. El año pasado centramos nuestra mirada para recoger los frutos que la celebración del 350 aniversario ha suscitado en nosotros, tanto a nivel local como rama, como a nivel general como Familia. En este sentido las distintas experiencias compartidas desde su creatividad, nos han enriquecido enormemente. Podemos decir que como familia:

- Se fortaleció la interrelación y nacieron nuevas relaciones con otras formas de expresión espiritual afines a la nuestra.
- Se profundizó en la Formación Vicenciana.
- Se aprovechó la creatividad para las distintas expresiones celebrativas, culturales y artísticas.
- Se ha fortalecido nuestra vocación vicenciana.
- Se ha crecido en la dimensión espiritual.
- Hemos crecido en la búsqueda de mayor Cercanía al Empobrecido.
- Se fortaleció la Dimensión Misionera.

Estos entre otros han sido los frutos compartidos a raíz de la invitación hecha el año pasado.

Este año, siguiendo con esta mística familiar, los invito a profundizar en la Colaboración Vicenciana. Para ello proponemos como tema: Colaboración y Evangelización y como lema: “Trabajemos juntos, para compartir la Buena Noticia y dar vida a los pobres”.

Permítanme iniciar con un acontecimiento conocido por todos, pero que para nosotros es el inicio de todo. Así como decimos en el caso de Jesús “todo empezó en Galilea”; en el caso de Vicente, podemos decir: “todo empezó en Folleville y en Chatillón”. Tal como la confesión del aquel campesino, después del Sermón de 1617 en Folleville, le abre los ojos de Vicente ante la miseria humana en todas sus dimensiones, así también, la experiencia solidaria suscitada en Chatillón, después que en su homilía hablara de una familia necesitada, le revela la necesidad de una acción organizada ante las necesidades de la gente. De esta manera, nacemos como Familia, una familia que busca atender las necesidades materiales inmediatas de los pobres, pero también las necesidades espirituales que le empobrecen más. Pero más aún, una Familia que cuestiona y denuncia con su estilo de vida a las estructuras que empobrecen.

Por el bautismo pertenecemos a un proyecto, el proyecto de Dios, revelado por su Hijo Jesucristo y que los evangelios deja muy claro: Se trata del Reino y su Justicia. Como Familia Vicentina tenemos la bendición y el privilegio de contar con una espiritualidad que nos permite Vivir hoy este proyecto de Vida. La espiritualidad que nace de un hombre que cada día se preguntaba: ¿Qué haría el Hijo de Dios en esta o aquella situación?

Sin embargo esta Familia se ve inmersa en un mundo que cada día se aleja del concepto de familia y prepondera un estilo de vida individualista, competitivo y egocéntrico, es decir, inhumano, ya que el ser humano, en su sentido más profundo, no se puede entender sin el Otro.

En este sentido tenemos una propuesta alterna a este mundo. No sólo porque nuestro estilo de vida busca la transformación de este mundo en una buena noticia para el ser humano, realizada desde la Buena Noticia a los empobrecidos; sino, porque podemos y queremos ser un referente de cómo hacerlo en el sentido de trabajo en equipo. Cada rama es muy diferente, y esto nos enriquece, pero tenemos a Jesucristo como hilo conductor y un estilo muy propio de vivir a Jesucristo. Un estilo que lleva casi cuatrocientos años: el estilo vicenciano, es decir, “*Jesucristo aquí y ahora*”

Como una forma práctica de hacer vida esto les invito a:

1. Fortalecer las organizaciones locales y regionales que tenemos como Familia. Si no existen potenciarlos para que se den.
2. Fortalecer los proyectos con los empobrecidos que tenemos como Familia. Los proyectos que cada rama realizamos son buenos, pero si hacemos proyectos comunes, será mucho mejor.
3. Tener espacios celebrativos y de oración como Familia, aprovechando los distintos acontecimientos locales y regionales: aniversarios, jubileos, fiestas vicencianas, entre otros.

Se que cada rama, así como la Familia en General, pasa por distintas situaciones que muchas veces desaniman a sus miembros y en algún momento puede hacer difícil el trabajo. Incluso, en algunos momentos, se ve tentada a seguir los proyectos inhumanos mencionados antes. Sin embargo no nació para esto, sino para generar Vida y como diría el maestro: “*Vida en Abundancia*”. Por ello quisiera que se enfoquen en las cualidades que cada rama y cada miembro tienen y que si unimos estas cualidades podemos hacer un hermoso trabajo, donde nuestros amos se beneficien.

Para terminar me gustaría que reflexionemos esta metáfora, seguramente conocida por muchos de ustedes, pero que cada vez que volvemos a ella podemos re-elaborar nuestro pensamiento.

Asamblea en una carpintería

En una carpintería hubo una extraña asamblea, las herramientas se reunieron para solucionar sus diferencias. El martillo fue el primero en ejercer la presidencia, pero la asamblea le notificó que debía renunciar. ¿Cuál es la causa? Hacía demasiado ruido, y se pasaba el tiempo golpeando. El martillo reconoció su culpa, pero pidió que fuera expulsado el tornillo ya que había que darle muchas vueltas para que sirviera de algo.

El tornillo aceptó su retiro, pero a su vez pidió la expulsión de la lija, ya que era muy áspera en su trato y siempre tenía fricciones con los demás.

La lija estuvo de acuerdo, con la condición de que fuera expulsado el metro, pues se la pasaba midiendo a los demás, como si él fuera perfecto.

En eso entró el carpintero, se puso delantal e inició su trabajo, utilizando alternativamente el martillo, la lija, el metro y el tornillo. Al final, el trozo de madera se había convertido en un lindo mueble.

Cuando la carpintería quedó sola otra vez, la asamblea reanudó la deliberación. Dijo el serrucho: “Señores, ha quedado demostrado que tenemos defectos, pero el carpintero trabaja con nuestras cualidades. Eso es lo que nos hace valiosos. Así que no pensemos ya en nuestras flaquezas y concentrémonos en nuestras virtudes”. La asamblea encontró entonces que el martillo era fuerte, el tornillo unía y daba solidez, la lija limaba asperezas y el metro era preciso y exacto. Se sintieron como un equipo capaz de producir hermosos muebles, y sus diferencias pasaron a segundo plano.

La Iglesia existe para evangelizar, es decir llevar una Buena Noticia. En nuestra espiritualidad Vicenciana esta Buena Noticia es hacia los pobres. Que Dios nos conceda la gracia para que sigamos siendo esta Buena Noticia, para que nuestros Amos en Jesucristo tengan vida y la tengan en abundancia.

Su hermano en San Vicente

G. Gregory Gay, C.M. Superior General

Padre Eli Chaves Dos Santos, cm

La unión y la colaboración en san Vicente.
Algunas reflexiones para nuestra colaboración con la familia vicenciana.

Durante la Asamblea Internacional de la AIC, el año 2011, recuerdo un objetivo oído durante un debate que posteriormente me ha ayudado mucho. Pienso que esta idea puede también ayudarnos a comprender la experiencia de colaboración vivida por san Vicente que hoy deberíamos hacer nuestra. Veamos lo que decía el ponente: *«cuando hablamos de acciones contra la pobreza, identificamos las necesidades de la persona y buscamos una respuesta. Desde mi punto de vista, creo que sería necesario invertir la noción de la palabra necesidad y llegar a decir a la persona te necesito, te necesito para construir algo juntos. Esta es la mejor manera de ayudarla a ponerse en pie. Una foto ilustra bien esto: El Abate Pierre decía que su primer compañero fue una persona que quería suicidarse. Le dijo el Abate: Haga lo que quiera, pero yo le necesito para construir una casa, y se convirtió en su primer discípulo»^{xxvii}.*

“¡Les necesito!” necesito de su colaboración para que juntos realicemos una obra. Es así como san Vicente experimentó su relación con Dios, con los otros y particularmente con los pobres. Así, su vida se transformó y colaboró con muchas personas, con los pobres y con Dios para la gran obra de las misiones y de la caridad. Hoy, también nosotros estamos invitados a experimentar la necesidad de los pobres, de los otros, para continuar la gran obra vicenciana.

I – LA EXPERIENCIA DE SAN VICENTE: “¡LES NECESITO!”

Los Pobres no quieren permanecer pobres. Al comienzo de su vida, san Vicente buscó su propia promoción social. Preocupado por las cuestiones financieras y los intereses personales, conoció fracasos y decepciones. Pero cuando colaboró con los otros, su vida se transformó llegando a ser muy fecunda.

1 – SAN VICENTE Y LOS POBRES: ¡LES NECESITO!”

Los pobres fueron el camino de Vicente para descubrirse a sí mismo y encontrar a Dios. Veamos algunos ejemplos:

- Como capellán de la Reina Margot, el contacto con la multitud hambrienta, le ayuda a percibir la verdadera realidad de su tiempo y a preocuparse por las diferencias sociales de su tiempo.
- En Clichy, la experiencia pastoral con el pobre pueblo le ayuda a descubrir la verdadera religión.
- En Folleville y Chatillon, los pobres abandonados pastoral y socialmente desfavorecidos le permiten descubrir las llamadas profundas del Evangelio y el sentido de su ministerio sacerdotal.

Vicente supo escuchar los gritos exteriores e interiores de los pobres de su tiempo y dejarse conmover por ellos. Constató que las difíciles condiciones de vida de los campesinos marginados, de los esclavos de las galeras, de los niños abandonados, los enfermos sin asistencia, los pobres hambrientos, constituían un desprecio grave contra la dignidad humana de los hijos de Dios. La realidad, y sobre todo la realidad de los pobres más abandonados, le pusieron de manifiesto, sobre todo, el poder revelador y transformador de su persona y de sus compromisos.

En la escuela de los pobres, san Vicente trasciende la comprensión de la fe cristiana no tanto por una sencilla adhesión a las verdades abstractas sino por el discernimiento de las llamadas de Dios a través de las situaciones concretas de sufrimiento y de exclusión. Comprendió que los pobres eran víctimas de un régimen socio-político-económico con nefastas consecuencias: hambre, guerra, peste. Los responsables políticos consideraban a los pobres como superfluos, mereciendo ser encerrados para el mantenimiento del orden y la limpieza de las ciudades; san Vicente veía en los pobres la imagen de Cristo desfigurado y su dignidad de hijos de Dios también desfigurada. Así, los pobres se convirtieron para él en maestros que le

mostraron la necesidad de tener una fe comprometida en favor de la misión y de la caridad, y los muy pobres le revelaban la necesidad de colaborar con otras personas pobres para este trabajo de caridad. Encontramos un perfecto ejemplo en el origen de las Hijas de la Caridad, que eran sencillas jóvenes del campo, que se reunían para formarse con miras al servicio de la caridad.

Ante el clamor de los pobres de su tiempo, san Vicente adoptó una actitud de compasión que se concretó en una acción misionera y caritativa intensa, haciendo prueba de amor afectivo y efectivo por los pobres. Se mostró atento, con generosidad y creatividad, a las múltiples llamadas de su tiempo no siendo indiferente a ninguna miseria humana.

2 - SAN VICENTE Y LOS LAICOS: “¡LES NECESITO!”

Tres acontecimientos ilustran bien el lugar que Vicente da a los laicos, particularmente a las mujeres.

- En Chatillon, al descubrir una familia hambrienta y abandonada, Vicente hace una llamada a los fieles para ir en su ayuda. *Con la colaboración de los laicos*, particularmente de las mujeres, comienza por la obra de las **Cofradías de la caridad**.

- De vuelta con la familia de los Gondi y enriquecido por su experiencia misionera en Folleville, inicia, *con la ayuda de la Señora de Gondi*, la obra de las misiones y funda la **Congregación de la Misión**.

- Ante las numerosas necesidades relacionadas con el servicio de los pobres y la acción limitada de las Damas de la alta sociedad, colabora con *Luisa de Marillac y la humilde campesina, Margarita Naseau*, para que nazca, gracias a una iniciativa muy innovadora, la **Compañía de las Hijas de la Caridad**.

La lista de los laicos, que compartieron la vida y el trabajo de Vicente, es larga. Esta colaboración lo lleva a percibir y a subrayar el papel y la importancia de los laicos en la misión de la Iglesia. Estos tienen la vocación de participar en la misión de Cristo y no son simples receptores sino que deben estar activos en la vida y el trabajo de la Iglesia. La presencia de numerosas mujeres en sus obras fue decisiva para el servicio de los pobres en la ciudad o en el campo. Hasta aquí, al margen de la sociedad y de la Iglesia, las mujeres eran reconocidas por sus valores y sus cualidades, y tomando parte de una manera activa y decisiva en la organización de la caridad y de la evangelización.

3. SAN VICENTE Y SUS COMPAÑEROS DE MISIÓN: “¡LES NECESITO!”

Después del primer sermón de la misión en Folleville, Vicente recurre a los Jesuitas de Amiens para responder a las demandas de los penitentes. Frente a las numerosas exigencias relacionadas con las misiones, busca colaboradores ocasionales pero muchos carecían de disponibilidad. En 1625, Vicente asocia a los sacerdotes a su obra y funda la Congregación de la Misión. Esta no nace de un proyecto preconcebido, sino de una respuesta a las necesidades misioneras. Las llamadas de Dios ligadas a las realidades de este tiempo condujeron a estas personas a unir sus fuerzas con miras a una colaboración eficaz. Vicente supo oír las llamadas de los pobres y reunir a las personas para responder a sus necesidades.

La preocupación de colaboración de Vicente se manifiesta también en la organización de la Congregación de la Misión. Después de la experiencia de muchos años, la Congregación tomó una estructura jurídica, comunitaria y misionera, definitiva en 1658, (es decir, 33 años después de su fundación). El fruto de esta colaboración, bajo la égida de Vicente, ha permitido a la Congregación dotarse de un estilo original de vida misionera con prácticas, estructuras y una espiritualidad propias.

Vicente describe la Congregación de la Misión como constituida por «pobres misioneros que viven sencillamente con el único fin de servir a las pobres gentes del campo.» Estos misioneros que colaboran

con otras personas han permitido la extensión de la evangelización a través de toda Francia y otros países. Igualmente han contribuido a la reforma del clero emprendiendo diversas iniciativas para la renovación de la Iglesia del siglo XVII en Francia.

4 - VICENTE Y LUISA DE MARILLAC. “¡LES NECESITO!”

En 1625, Jean-Pierre de Camus presenta a Vicente de Paúl, Luisa de Marillac, joven viuda, de 35 años. Desde 1629, Vicente de Paúl la asocia a su obra de caridad proponiéndole visitar las Cofradías de Caridad. Esta actividad ayuda a Luisa a crecer en la experiencia del amor de Cristo por los pobres liberándola de sus angustias y dudas. El horizonte de su vida se abre, percibe que Dios es amor y que debemos ir a él por el camino de la caridad y adopta una devoción liberada, simplificada su piedad que la compromete en su misión.

En el servicio de los pobres, se muestra una mujer fuerte, virtuosa, dotada de dones excepcionales para la dirección y la organización, la creatividad y la audacia. Así, se desarrolla una colaboración fecunda entre Luisa y Vicente en el servicio de la caridad frente a las variadas formas de pobreza. Gracias a Dios y a la conducta de su director, Luisa descubre su verdadera vocación llegando a ser la fundadora de una nueva comunidad, original y muy innovadora.

Con numerosos colaboradores y colaboradoras, Luisa tiene una función decisiva en la formación y la animación de la gran red de caridad. Con su sensibilidad femenina y sus cualidades humanas, cree en la fuerza de los pequeños, en el potencial de las jóvenes del campo que reúne para formarlas en la caridad. La colaboración duradera entre Vicente y Luisa proviene de un real intercambio de sus dones, de un mismo amor a los pobres, de una amistad fecunda y de una ayuda mutua en el crecimiento, la realización y la santidad.

5. SAN VICENTE Y SUS NUMEROSOS COLABORADORES ECLESIASTICOS Y POLÍTICOS: “¡LES NECESITO!”

La vida de san Vicente fue una red enorme de relaciones y colaboraciones. Su acción no está sólo en su voluntad, sino en el fruto de una atenta lectura de los signos de los tiempos, de un discernimiento verdadero con la ayuda de otras muchas personas.

a) En su realidad personal

Vicente es un hombre impulsivo y susceptible. Busca construirse personalmente aceptando también depender de los demás.

- En su formación inicial, cuenta con la colaboración generosa del Señor de Comet.
- Durante los años difíciles de su crisis de fe y de búsqueda personal (1608-1612), encuentra en Pedro de Bérulle un consejero que le ayuda a crecer en madurez humana y espiritual.
- Supo buscar en los maestros espirituales y en las amistades, las luces, por ejemplo: en la teología del Concilio de Trento, las enseñanzas de san Ignacio, Benito de Canfield, de Bérulle, de san Francisco de Sales, del Padre Duval, su segundo director de conciencia.

b) Con las autoridades eclesiásticas

Vicente comenzó la obra de reforma del clero después de discernir y acoger la propuesta del obispo de Beauvais. Siempre impulsó sus iniciativas con un sentido profundo de colaboración eclesial, particularmente bajo tres aspectos:

- Buscando siempre actuar en sintonía con el pensamiento de la Iglesia, siguiendo fielmente las orientaciones del Concilio de Trento y las orientaciones particulares de los obispos.
- En obediencia a la Iglesia, buscó el apoyo y la aprobación del Papa y de los obispos para sus fundaciones (por ejemplo para la aprobación de la Congregación y su autonomía específica respecto a los obispos).

- Finalmente, situó siempre sus iniciativas y sus fundaciones al servicio de la Iglesia, intentando responder a las necesidades pastorales, atento a las llamadas de los obispos y colaborando con otras asociaciones eclesiales dedicadas a las obras caritativas (Compañía del Santísimo Sacramento y otras Congregaciones).

c) Con las autoridades políticas y los poderes públicos

Vicente vivió una colaboración amplia y compleja. Mantuvo relaciones con los poderes públicos y las personas ricas e influyentes con miras a consolidar sus obras misioneras y caritativas. Por ejemplo, durante la guerra de los Treinta Años y las dos Frondas, organizó una inmensa red de abastecimiento y de distribución de ayudas que cubría casi todas las regiones de Francia. Por nombramiento de la Reina, Ana de Austria, se convierte en miembro del Consejo de Conciencia, una especie de Ministerio de Culto, que tenía diferentes funciones en los asuntos eclesiásticos, por ejemplo el nombramiento de los obispos. Igualmente intervino en los asuntos políticos, por ejemplo: en 1638, con Richelieu para la paz en Lorraine, víctima de las devastaciones del ejército; luego en la defensa de los católicos irlandeses amenazados por las tropas de los invasores ingleses; después, con Mazarino, durante la guerra civil de la Fronda, pidiéndole su dimisión para restablecer la paz y poner fin a los sufrimientos del pueblo.

Vicente acepta las estructuras sociopolíticas de su época, la pirámide social, el absolutismo del rey, la alianza entre los poderes políticos y religiosos. Sin embargo, recomienda no mezclar los asuntos religiosos con los políticos. Busca la colaboración con el poder político, pero no es, propiamente hablando, un hombre político, no actúa por motivaciones políticas, su principal preocupación es el bien público, particularmente, el bien de los pobres, lo que explica sus intervenciones directas e indirectas en política.

II – LA COLABORACIÓN EN LA FAMILIA VICENCIANA: “NECESITAMOS LOS UNOS DE LOS OTROS”

La experiencia de san Vicente es hoy una gran invitación a la colaboración entre los grupos de la misma familia vicenciana. En esta experiencia, podemos encontrar hoy orientaciones para la colaboración entre nosotros:

a) Una colaboración a partir de las llamadas de los pobres y en colaboración con los pobres.

Todas las acciones de san Vicente se desarrollaron a partir de los pobres con miras a una mayor solidaridad. Con los pobres, actuó a su lado, tomó su defensa, defendió sus intereses, les sirvió con amor y abnegación, humildad, sencillez, autenticidad, mansedumbre y delicadeza. Por los pobres, orientó todas sus actitudes, actividades, esfuerzos, capacidades y recursos humanos y materiales para un servicio efectivo de los pobres, sabiendo aprender de ellos.

Hoy, esta colaboración debe nacer de las llamadas de los pobres y desarrollarse en un trabajo real sobre las causas de la pobreza. Se trata de buscar juntos, respuestas a las llamadas de los pobres, a través de una metodología de reciprocidad, que desarrolla las potencialidades y la participación de los pobres.

b) Una colaboración para los pobres a partir de la fe, de la esperanza y de la justicia evangélica.

En los Evangelios, existe una relación inmediata entre Jesús y los Pobres: lo que se hace a los pobres se hace a Cristo. El pobre es una mediación viva del Señor. Es sacramento de Jesús, lugar de la revelación y de su presencia: *“sirviendo a los pobres, se sirve a Jesucristo”*

Esta mística evangélica de la caridad fundamenta y motiva toda la colaboración vicenciana. La caridad es un don del Espíritu que guía toda nuestra acción y nuestra vida de fe.

La caridad permite a los actores construir su vida comprometiéndose en la búsqueda de una sociedad solidaria, enriquecida por nuevas relaciones humanas, basadas en la gratuidad y en la fraternidad, con miras a desarrollar una vida auténtica. Sin la caridad, la colaboración por los pobres puede, con la

ayuda de medios sofisticados y recursos modernos, producir resultados, pero será incapaz de promover un verdadero desarrollo humano integral para los más pobres.

c) Una colaboración con sentido eclesial

La colaboración desarrollada por san Vicente, no es una obra aislada, sino que forma parte de la vida y la acción de la Iglesia. Vicente insiste en la importancia de la unión y de la comunión en la comunidad y en toda la Iglesia: insiste sobre la colaboración y la corresponsabilidad de todos por el bien del cuerpo en la diversidad de funciones y en el servicio de la misericordia hacia los pobres, los miembros sufrientes de la Iglesia.

La colaboración vicenciana debe ser una expresión viva de la misión y de la caridad por los pobres en la Iglesia y con la Iglesia. Nuestro compromiso vicenciano se inserta en la Iglesia, en unión con el Papa y los obispos y en la realidad pastoral de nuestras Iglesias particulares, en fraternidad con los grupos eclesiales. Nuestra colaboración debe siempre orientarse hacia un compromiso misionero por los pobres. Lejos de nosotros una acción aislada o paralela, lejos de nosotros el desvío de nuestra espiritualidad, lejos de nosotros la tentación de una acción que busca el éxito, el prestigio social y eclesial, prejuicio del compromiso liberador para con los pobres.

d) Una colaboración que responsabiliza a los pobres y a los colaboradores de los pobres

San Vicente fue el maestro del empoderamiento^{xxvii}, desarrolló procesos que ayudaron a las personas a descubrir sus valores y sus capacidades para ponerlas al servicio de los demás. La cooperación en el trabajo con los pobres, consiste en ayudar a los pobres a descubrir sus propias capacidades para desarrollarse. La práctica de la colaboración misionera y caritativa debe ser una acción a partir de la fe capaz de ayudar a todas las personas, a descubrir y desvelar su fuerza interior, capaz de transformarse a sí mismo y transformar la realidad en la que viven.

Es, pues, necesario conocer esta riqueza presente en cada miembro de la familia vicenciana. En el espíritu vicenciano, es importante valorar y movilizar a los pobres para el servicio, poner por delante el potencial misionero de los laicos, especialmente de las mujeres, para implicarse de verdad en la formación de los colaboradores, dándoles unas cualificaciones técnicas, humanas y espirituales, para que se conviertan no en funcionarios, sino en siervos.

e) Una colaboración creativa, actualizada y diversificada.

Con los conceptos y los medios propios de su tiempo, san Vicente emprendió el servicio de los pobres como siendo la defensa y la promoción de la dignidad de los hijos de Dios: actuó de manera caritativa en diferentes frentes combatiendo la pobreza, con la participación de las personas y de la Iglesia.

La experiencia de san Vicente reuniendo las fuerzas vivas en favor de los pobres es un horizonte a explorar en la colaboración vicenciana. La caridad y la justicia indican que la acción de asistencia y de promoción social de los pobres, debe en principio entenderse como servicio a los derechos legítimos de toda persona humana. Este servicio de caridad exige la búsqueda de los derechos legítimos del hombre y la acción contra los factores de injusticia que favorecen la acumulación de riquezas y generan la pobreza.

Los vicencianos deben actuar con los actores sociales, los políticos, las organizaciones sociales, los movimientos populares, para que cada uno, según sus posibilidades y cualidades propias, se unan para construir una sociedad más justa y más humana. Esta colaboración exigirá mucho tiempo y esfuerzos para superar los conflictos que surjan. La contribución vicenciana debe estar siempre orientada según los criterios evangélicos y la doctrina social de la Iglesia.

f) Una colaboración en una humilde reciprocidad y en un reparto de los dones.

Mirando a san Vicente, descubrimos un ejemplo que sabe crear lazos entre diferentes corrientes y organizaciones sabiendo reconocer que se necesita de los demás. No es casual que san Vicente haya situado la humildad como virtud fundamental. Esta supone el reconocimiento de sus límites personales y una confianza sin límites en Dios. La humildad nos permite vaciarnos de nuestra autosuficiencia y nos hace dependientes de Dios y de los demás. Ninguna rama de la familia vicenciana puede bastarse a sí misma. La colaboración nos invita a crecer en la caridad y la reciprocidad con los pobres y los demás colaboradores. En el humilde intercambio de los dones, crecer en la caridad es algo posible.

Conclusión

Es necesario correr para atender a las necesidades de nuestro prójimo como si se tratara de extinguir un incendio, decía san Vicente. Con palabras, actitudes y acciones eficaces, asumió como propia la realidad de los pobres y se comprometió en socorrerlos en sus necesidades, en la medida de lo posible. Realizó todo esto intentando reunir y organizar todas las buenas voluntades, de modo que pudiesen actuar juntas para servir mejor. Siguiendo los pasos de san Vicente, oremos para que la familia vicenciana sepa unirse y organizarse para servir mejor a los pobres.

Padre Eli CHAVES DOS SANTOS, cm

Visita de los Superiores

Provincia de San Sebastian

Visita de Madre Evelyne Franc, y Sor Rosa Maria Miró, Asistente general,

a la comunidad de Bebalem en el CHAD

Con motivo del décimo aniversario de nuestra llegada al Chad, hemos tenido la alegría de acoger, primero a nuestro Superior general, Padre Gregory, en mayo de 2011 y más tarde, en diciembre de 2011, a nuestra Superiora general, Sor Evelyne Franc.

La comunidad de Bebalem en el Chad pertenece a la provincia de San Sebastián, España. Con motivo de esta situación particular, la Visitadora de la Provincia de San Sebastián acompañó a Sor Evelyne y a Sor Rosa Maria Miro, Asistente general, durante su visita.

Recibimos a las viajeras en el aeropuerto internacional de N'Djamena, capital del Chad, y juntas nos pusimos en camino hacia Bebalem. El lugar de nuestra misión es un pueblo de la selva situado al sur del Chad, a 70 km. de Moundou. Se precisa toda una jornada de carretera y caminos para bajar desde N'Djamena.

Al día siguiente, recorrimos juntas el pueblo visitando, primero, a los ancianos que viven solos. Sor Evelyne y Sor Rosa María saludaron a cada uno arrodillándose junto a ellos con afecto y respeto, admirándose de verlos tan gozosos a pesar de vivir en condiciones miserables. Más tarde se encontraron con varias familias de las que algunas pertenecen a un grupo de Alcohólicos Anónimos. Escuchando sus testimonios, les animaron a continuar en su lucha contra el alcohol; ellos les ofrecieron dos gallos, signo de acogida.

En el Centro Nutricional, nuestras visitantes se impresionaron ante la difícil situación de las madres que luchan para que sus hijos vivan. Estas, emocionadas, agradecieron a Sor Evelyne los cuidados que las Hermanas les ofrecen y que les ayudan a salvar a sus hijos y a vivir dignamente.

En la escuela católica Saint Jean Baptiste, Sor Evelyne admiró la aplicación de los alumnos y los dones pedagógicos de los maestros. Se comprometió a buscar una escuela primaria llevada por las Hijas de la Caridad, en Francia, para hacer un hermanamiento.

En su visita al **Hospital** y a la **Escuela de Enfermería**, dirigidos por la Iglesia Evangélica americana, a Sor Evelyne y Sor Rosa María les impresionó el respeto mutuo que los sanitarios manifestaban, el espíritu de equipo y la empatía natural en las relaciones sanitarios-enfermos. Han apreciado mucho la buena colaboración que se vive entre las Iglesias protestante y católica.

Por último, pudieron descubrir la vida y el dinamismo de **la Parroquia**, el trabajo de animación y de acompañamiento de los cristianos, la formación de los catequistas y responsables, así como la determinación de los fieles para construir su iglesia con los escasos medios de que disponen. Una coral de niños pertenecientes a un grupo de la Infancia misionera, entonó un canto compuesto especialmente para esta ocasión, canto que acompañaron con sus "originales" instrumentos fabricados por ellos mismos.

Más tarde, las visitantes fueron a saludar a los Hermanos Capuchinos que tienen un centro para niños minusválidos; pudieron admirar el esfuerzo realizado por los padres para responder a las necesidades de sus hijos minusválidos, con frecuencia rechazados por los habitantes

Seguidamente, Sor Evelyne tuvo la alegría de encontrarse con los P. Paúles llegados a Bebalem hace aproximadamente dos años. Nos animo a continuar viviendo en una buena colaboración para el beneficio de los pobres.

Conclusión

Los habitantes del pueblo, durante toda la visita, nos han rodeado de una gran cordialidad. Como es habitual en ellos, se han mostrado atentos a la presencia de las Hermanas. Durante estos tres días, en los que ha reinado la sencillez, hemos podido intercambiar sobre aspectos importantes para nuestra vida de Hijas de la Caridad: realidades difíciles del país, relación con la gente, promoción integral, trabajo de pastoral... Hemos valorado el interés de Sor Evelyne por nuestro servicio a los pobres y la misión. Ha fortalecido nuestra convicción de estar enviadas por la Compañía para vivir el amor de Dios con los verdaderamente pobres.

Damos gracias a Dios por haber tenido la alegría de la presencia de los Superiores y de nuestra Visitadora Sor Manuela quien nos ha transmitido el cariño y apoyo de la Provincia de San Sebastián. Con San Vicente decimos: *“Qué felicidad no querer más que lo que Dios quiere, no hacer más que lo que la Providencia nos va señalando en cada ocasión, y no tener nada más que lo que nos dé su Providencia!”*

(SVP, III, 170)

Las Hermanas de la Comunidad de Bebalem

DE LOS ORÍGENES Y ACTUALIDADES

En tiempo de san Vicente...y hoy

La espiritualidad de san Vicente

Introducción

En "San Vicente y la Caridad", André Dodin muestra bien la inutilidad de la empresa, que consistiría en intentar definir la doctrina espiritual de san Vicente, y demuestra que no podía tratarse más que de una doctrina en una vida. Es pues, siguiendo la vida de san Vicente, analizando cómo él mismo reflexionó sobre su experiencia, cómo la interpretó y tradujo para actuar, como tendremos alguna posibilidad de acercarnos a una espiritualidad, con la que deseamos comulgar...

Durante esta reflexión, intentaremos ver de nuevo esta experiencia espiritual de san Vicente en función de nuestras situaciones y necesidades. Habrá que buscar cuales son los grandes ejes actuales de la fidelidad en san Vicente, los ejes que deberán corresponder a lo que frecuentemente llamamos: nuestra identidad. En pocas palabras: ¿Qué debe ser un sacerdote de la Misión, según san Vicente, en la Iglesia y en el mundo de hoy? La respuesta no es de las más fáciles, y más teniendo en cuenta que tendremos que evitar toda sistematización.

Podremos volver a contemplar lo esencial de nuestra reflexión en los siguientes puntos: siguiendo a Jesucristo...para evangelizar...a los pobres...en la Iglesia...en Comunidad.

SIGUIENDO A JESUCRISTO

Es esta una expresión de base de las más clásicas, en la historia y el vocabulario de la espiritualidad; pero en san Vicente, adquiere un sentido muy particular, dinámico y funcional.

Para comprenderlo bien, es preciso volver al año 1617. San Vicente hace alusión a este año, cada vez que quiere explicar sus intuiciones y sus fundaciones. La relación de san Vicente con Dios y con Jesucristo ha estado profundamente marcada por la experiencia mística de 1617.

Durante seis o siete años, san Vicente parece haber dudado, reflexionado y buscado mucho. Se puso bajo la dirección de Bérulle, del que ustedes conocen bien la doctrina; leyó a Benito de Canfield, este capuchino de origen inglés que había escrito: "*La regla de la perfección, se reduce al único punto de la voluntad divina*"; pasa de un ministerio a otro, de un proyecto a otro. Y dos veces, de manera inesperada, Dios se manifiesta claramente en su vida a través de dos acontecimientos en los que los pobres están directamente implicados.

Muy rápido, y cada vez más íntimamente, san Vicente tiene la convicción de que, en cierto modo, en estas circunstancias ha encontrado a Dios. Recordarán los pasajes en los que afirma: "*¡Ay, padres y hermanos míos! Nunca había pensado nadie antes en ello, no se sabía lo que eran las misiones; tampoco yo pensaba en eso ni sabía lo que eran; y en esto es donde se reconoce que se trata de una obra de Dios*" (SV XI-3, 35 [112]).

“¿Llamaréis humano a lo que el entendimiento del hombre no ha previsto nunca, a lo que su voluntad no ha deseado ni buscado en lo más mínimo? El pobre padre Portail nunca había pensado en esto; yo tampoco; todo se hizo en contra de mis esperanzas y sin que yo me preocupase de nada” (SV XI-3, 103.(17.05.58) pp.321-331). Y para probar lo que él considera como una indiscutible mediación de Dios, Vicente recuerda los acontecimientos teofánicos de Gannes-Folleville.

La misma reacción y la misma afirmación para Châtillon: *“Puede decirse realmente que es Dios quien ha hecho vuestra Compañía. Yo pensaba hoy en ello y me decía: « ¿Eres tú el que ha pensado en hacer una Compañía de Hijas? ¡Ni mucho menos! ¿Es la señorita Le Gras? Tampoco». Yo no he pensado nunca en ello, os lo puedo decir de verdad. ¿Quién ha tenido entonces la idea de formar en la iglesia de Dios una Compañía de mujeres y de Hijas de la Caridad en traje seglar? Esto no hubiese parecido posible. Tampoco he pensado nunca en las de las parroquias. Os puedo decir que ha sido Dios, y no yo”* (SV IX-1, 20) Y para probar, lo que para él es pura evidencia, evoca los acontecimientos de Châtillon. En un momento de serias dudas de Fe, san Vicente tiene la certeza de una clara intervención de Dios en su vida. Lo que la dirección de Bérulle, la lectura, las pruebas y búsquedas no han podido realizar, los dos encuentros de 1617 lo consiguen. Parece ser que desde ese momento, san Vicente considerará el acontecimiento como un signo de Dios, un signo privilegiado, por poco que este acontecimiento dependa directamente de los pobres. Alguien ya había dicho: *“La necesidad y los acontecimientos son maestros que Dios nos ofrece de su mano”* (Pascal).

Lo que a veces se ha llamado el pragmatismo del Señor Vicente es, sobre todo, atención a Dios que habla a través del acontecimiento. Igualmente su prudencia es con frecuencia, espera del acontecimiento que clarificará su camino. A partir del acontecimiento, sobre todo cuando se refiere a los pobres, Dios se hacía regularmente presente a Vicente de Paúl y le revelaba su voluntad. Este tipo de relación y de comunicación estaba perfectamente adaptado al temperamento activo de san Vicente. Porque la voluntad de Dios se manifiesta en cierto modo así, sobre el mismo terreno en el que debía realizarse. De ahí la extraordinaria continuidad típicamente vicenciana: continuidad entre Gannes-Folleville y la Misión, entre el acontecimiento de Châtillon y las Cofradías, luego entre las Cofradías y las Hijas de la Caridad. La revelación de Dios y la acción que se sigue, parecen verdaderamente tejidas con el mismo hilo.

Esta continuidad o este atajo entre la revelación de la voluntad de Dios y el compromiso concreto entre la Fe y la acción, explica sin duda el real apuro humano de san Vicente, cuando habla del origen de sus fundaciones. Con el retroceso, la intervención de Dios y su propia acción le parecen tan cercanas y encajadas, que los actores se confunden, y que él mismo es incapaz prácticamente, de situar el momento de su intervención personal. Hay ahí ciertamente otra cosa que la humildad. Además, san Vicente está tan acostumbrado a esta continuidad y a este atajo entre la presencia de Dios en el acontecimiento y el compromiso, que llega a desconfiar de todos los rodeos, incluso aquellos más nobles, entre Fe y acción. Desconfía de un Dios que no se revela más que *“en afectos y prácticas interiores de un corazón amante, aunque muy buenos y deseables, resultan sin embargo muy sospechosos”* (cf. SV XI-4171. pp.733-734) como desconfía igualmente de una respuesta que se expresase fuera de la acción y se quedara en el amor afectivo: *“Amemos a Dios, hermanos míos, amemos a Dios, pero que sea a costa de nuestros brazos, que sea con el sudor de nuestra frente... hay muchos que, preocupados de tener un aspecto externo de compostura y el interior lleno de grandes sentimientos de Dios, se detienen en esto; y cuando se llega a los hechos y se presentan ocasiones de obrar, se quedan cortos... Pensemos, pues, en esto; sobre todo, teniendo en cuenta que en este siglo hay muchos que parecen virtuosos, y que lo son efectivamente, pero que se inclinan a una vida*

tranquila y muelle, antes que a una devoción esforzada y sólida...No hay nada tan conforme con el evangelio como reunir, por un lado, luz y fuerzas para el alma en la oración, en la lectura y en el retiro y, por otro lado, ir luego a hacer partícipes a los hombres de este alimento espiritual. Esto es hacer lo que hizo nuestro Señor y, después de él, sus apóstoles; ... es imitar a la paloma, que digiere a medias la comida que toma, y luego pone lo demás en el pico de sus pequeños para alimentarlos. Esto es lo que hemos de hacer nosotros y la forma con que hemos de demostrar a Dios con obras que lo amamos” (SV XI-4, 171. SOBRE EL AMOR DE DIOS. pp.733-734

Como ven, el año 1617, marca profundamente la fe de san Vicente y su relación con Dios y con Jesucristo. Su Dios, podemos decir con todos los matices que se imponen, es el Dios de Folleville y de Châtillon, es decir un Dios en relación con los hombres, en relación privilegiado con los pobres.

En efecto, la fe de san Vicente se nutre de la doctrina común y sabe hablar de Dios, de Jesucristo, de la Iglesia, de los sacramentos, de las virtudes y de la santidad, como hablaban todos los maestros espirituales de la época. Pero precisamente, no era esto lo particular y original en él. Lo específico y lo que le caracterizaba “espiritualmente”, era el modo de vivir y de traducir todo, a través de la experiencia de 1617.

Así es, por ejemplo, como su discurso sobre Dios y su manera de hablar de Dios fueron muy dinámicos y actuales. Sus tres temas preferidos eran: la Providencia, la Presencia de Dios y la Voluntad de Dios; tres temas que le permitían siempre abordar a Dios como presente, implicado en la historia de los hombres e interviniendo constantemente en los acontecimientos.

El prefiere el tema de la voluntad de Dios, porque se trataba del tema mejor encarnado en el hoy, y el más provocador para la acción: *“La práctica de la presencia de Dios es muy buena, pero me parece que adquirir la práctica de cumplir la voluntad de Dios en todas nuestras acciones es todavía mejor, pues esta abraza a la otra.”* (SV XI-3, 066 [143]. pp.210-213). Encontramos en la relación de san Vicente con Jesucristo el mismo punto de vista selectivo, incluso algunos dirán: un poco simplista. Jesucristo, es el Dios encarnado en la historia de los hombres, totalmente apasionado, por lo tanto implicado y constantemente activo en esta historia. Jesucristo es “el Misionero del Padre”, y es como Misionero-tipo como san Vicente lo ha encontrado.

Se sabe que para profundizar el significado del acontecimiento de Gannes-Folleville, san Vicente lo esclarece a la luz del pasaje del evangelio de san Lucas (4, 18), del mismo modo que con el texto del evangelio de san Mateo (25, 31), lo hará con el acontecimiento de Châtillon,

En Lucas IV, 18, Jesús presenta y define su misión, al comienzo de su vida pública, a partir del texto de Isaías (61, 1-6) : El espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido. Me ha enviado a proclamar la Buena Noticia a los pobres. Ustedes conocen el comentario literal y voluntariamente restrictivo que hace san Vicente: *“si se le pregunta a nuestro Señor: ¿qué es lo que has venido a hacer en la tierra?, a asistir a los pobres; ¿a algo más?, a asistir a los pobres”* (SV XI-3, 004. (29.10.38) pp.33-35 Está claro que para san Vicente, Cristo vino para esto e incluso, sólo para esto.

Jesucristo es pues el Enviado del Padre a los pobres. Sin embargo en la Iglesia y en la sociedad de su tiempo, los pobres no eran evangelizados ni asistidos: la misión de Jesucristo no se había continuado.

Su vida y su proyecto volverán de nuevo a continuar la misión de: “la evangelización de los pobres”. Y es así como el tema de la continuación y la expresión “siguiendo a”, se convierten en san Vicente fundamentales y dinamizadores.

Jesucristo se convierte en el modelo de la vida y la acción misioneras “*Si nuestro Señor nos ha recomendado esto, hemos de aceptarlo así; él lo quiere; él es la regla de la Misión*” (SV XI-3, 121.(21.02.59) pp.428-444).

Constatemos de paso que es bastante significativo que san Vicente de como Regla, tanto a los sacerdotes de la Misión como a las Hijas de la Caridad, no el Evangelio sino la persona viva de Jesucristo. Seguramente, desde un cierto punto de vista, todo es lo mismo. Si embargo esta elección espontánea no resulta menos sintomática.

Y encontramos este tipo de orientación y de relación con Jesucristo, en los pasajes en los que se complace en subrayar que Jesús vivió y practicó, antes de predicar y proporcionar su doctrina. Hay ahí una anterioridad que seduce a san Vicente y va de acuerdo con lo que llamamos su pragmatismo o su prudencia. Es siempre la primacía de la experiencia y de la vida, sobre lo escrito y lo institucional: “*La Sagrada Escritura nos enseña que Nuestro Señor Jesucristo, habiendo sido enviado al mundo para salvar al género humano, comenzó primero a hacer, y luego a enseñar*”. Han reconocido la primera frase de nuestras Reglas comunes, y esta reflexión se encuentra igualmente en la introducción que precede el texto de las Reglas de las Hijas de la Caridad: “*Vosotras tenéis una gran ventaja sobre las demás comunidades, que han escrito y han obtenido la aprobación de sus reglas después de dos o tres años solamente. Luego la experiencia ha demostrado que había algunas cosas imposibles, otras que no deberían haber sido puestas allí...Pues bien, hermanas mías, vosotras no habéis hecho eso, por la misericordia de Dios, ya que hace más de dieciocho años que habéis empezado a practicar lo que se ha escrito. Habéis hecho como Nuestro Señor, que enseñó de obra antes de predicar lo que quería que se hiciese. ¡Qué afortunadas sois!*” (SV X 246. pp.816-823)

A partir de 1617, san Vicente se pone definitivamente en seguimiento de Jesucristo, y situó la Misión siguiendo a Jesucristo enviado a los pobres. Esta última precisión es capital para entender el pensamiento exacto de san Vicente y participar hoy en su experiencia y su carisma.

Saben que todas las espiritualidades cristiana se nutren del mismo evangelio. Se distingue por una lectura selectiva, una prioridad de atención y de interés, por uno u otro aspecto del mensaje. Para San Vicente, la clave de lectura del Evangelio ha sido indiscutiblemente el pasaje de Lucas (IV, 18). Es impresionante ver como san Vicente permaneció lógico y constante en este punto, interpretando todos los hechos y gestos de Jesucristo, así como todas sus palabras, en función de su proyecto de Misión según Lucas IV, 18. Su lectura del evangelio estuvo siempre marcada e influenciada por la evangelización de los pobres

Así la imitación de Jesucristo recomendada por san Vicente no es la propuesta por Tomás de Kempis; tampoco es la que presenta Bérulle. Se trata de la imitación de Jesucristo misionero, enviado a los pobres.

Puesto que Jesucristo Hijo de Dios es esto y sólo esto (cf. Coste XI, 108) y ya que decimos seguirle y continuar su obra, es completamente lógico y necesario que le imitemos. Para nosotros, en Jesucristo está el Misionero de los Pobres que debemos tratar de imitar.

Esto me lleva a una rápida digresión sobre la santidad según san Vicente. Se trata de la santidad basada en el modelo de Jesucristo, perfecto Misionero del Padre.

Para hacernos la idea más justa sobre la santidad del sacerdote de la Misión o de la Hija de la Caridad según san Vicente, convendría analizar las conferencias que se hacían regularmente sobre los difuntos y las reseñas que san Vicente propagaba por su correspondencia. En la Congregación, un santo, es en primer lugar un buen misionero: un Bourdaise, un Lambert aux Couteaux... todos igual que una santa de las Hijas de la Caridad, es en primer lugar, una buena sierva de los pobres: una Margarita Naseau, una Luisa de Marillac, una Bárbara Angiboust.

Continuando la misión de Jesucristo, el sacerdote o el hermano de la Misión, la Hija de la Caridad, no tendrán mejor garantía en su caminar hacia la santidad que la imitación de Jesucristo el misionero tipo. Esta imitación es selectiva y precisa. Para nosotros, san Vicente retuvo cinco virtudes que son como las facultades del alma de nuestra Congregación: la sencillez, la humildad, la mansedumbre, la mortificación y el celo. ¿Por qué estas cinco virtudes?

San Vicente esperó mucho tiempo antes de hacer esta elección, e hizo lo mismo con las Hijas de la Caridad, por qué se detuvo en la sencillez, la humildad y la caridad lo explica en otra parte.

Del espíritu de los sacerdotes y hermanos de la Misión, se ha hecho más de un balance, de lo que han vivido en los primeros años de la Congregación. Así, san Vicente ha partido de la vida, de la experiencia y no de una reflexión abstracta sobre un ideal.

San Vicente ha recomendado estas cinco virtudes como las cualidades profesionales del misionero, a imagen de la Regla, que es Jesucristo. Ciertamente, presentándolas, san Vicente deja constancia de lo que habían dicho los grandes maestros espirituales; pero lo original que él aporta, es la insistencia sobre el aspecto funcional, sobre lo que con frecuencia llama la utilidad.

Contempladas en “Jesucristo Misionero”, estas virtudes son, sobre todo, medios privilegiados para una mejor evangelización de los pobres, e igualmente, medios privilegiados para alcanzar nuestra perfección misionera. Habrá que volver a ver toda la conferencia del 22 de agosto de 1659 sobre *“Las cinco virtudes fundamentales”* (Coste XII, 298-311). Entresaco algunos pasajes:

“Esa es la fuerza y el poder de las máximas evangélicas” dice san Vicente al final de su introducción, *entre las cuales ya que son muchas en número he escogido especialmente las que son más propias del misionero; ¿cuáles son? Siempre he creído y he pensado que eran la sencillez, la humildad, la mansedumbre, la mortificación y el celo.*” este es el criterio por el que han sido escogidas las cinco virtudes: la Misión.

LA SENCILLEZ

“Pues bien, hermanos míos, si hay personas en el mundo que deben tener esta virtud, son los misioneros, ya que toda nuestra vida se emplea en ejercer actos de caridad para con Dios o para con el prójimo. Y en ambos casos hemos de proceder sencillamente, de forma que, si se trata de cosas que hemos de hacer, que se refieren a Dios y dependen de nosotros, hay que huir de los artificios, ya que Dios se complace y comunica sus gracias solamente a las almas sencillas (5). Y si miramos a nuestro prójimo, como hemos de asistirle corporal y espiritualmente, hemos de evitar parecer cautelosos, taimados, astutos, y sobre todo no decir nunca una palabra de dos sentidos. ¡Qué lejos ha de estar todo eso de un misionero!!” (SVXI-4, 585). En otra parte dice : *“ Nuestro Señor, se acomodó al*

alcance de los débiles. Si tengo dos planes, uno hermoso y sutil, y el otro más bajo y menos aparente, seguiré este y renunciaré al primero. Ajustémonos a la medianía; que parezca que el sabio sabe sobriamente y que el fuerte que trabaja, trabaje humildemente; pues todo lo que se dice y se hace ante el pobre pueblo con espíritu elevado es vano e inútil: pasa por encima de sus cabezas, el viento se lo lleva por encima de las casas. Lo que producía la túnica ensangrentada de César junto con los gritos de quienes la llevaban, es lo que producen los predicadores que tratan de materias nuevas, curiosas y extrañas, con sus tonos de voz graves o quejumbrosos” (SV XI-4, 546-547).

Para la **HUMILDAD**, la misma perspectiva y preocupación

“Esta es la segunda máxima, absolutamente necesaria a los misioneros; porque, decidme, ¿podría un orgulloso avenirse con la pobreza? Pero nuestra finalidad son los pobres, la gente vulgar del pueblo; si no nos acomodamos a ellos, no podremos servirles en nada; el medio para que podamos aprovecharles es la humildad, porque la humildad hace que nos anonademos y nos pongamos en las manos de Dios, soberano ser. El humilde se considera ante Dios como un asno. Pero es cierto; pero yo diría que es ése el estado que conviene a la Misión; y entonces hemos de temer que, si no somos así, no tenemos el espíritu de verdaderos misioneros. ” (SVXI-4, 587).

En cuanto a la **MANSEDUMBRE**

“ ... el misionero necesita mucha paciencia con los de fuera: son pobres gentes que vienen a confesarse, toscos, ignorantes, tan cerrados y, por así decirlo, tan animales, que no saben cuántos dioses hay ni cuántas personas en Dios; aunque se lo digáis cincuenta veces, al final seguirán siendo tan ignorantes como al principio. Si uno no tiene mansedumbre para aguantar su rusticidad, ¿qué podrá hacer? Nada; al contrario, asustará a esas pobres gentes que, al ver nuestra impaciencia, se disgustarán y no querrán volver a aprender las cosas necesarias para la salvación.” (SV XI-4, 587-588).

LA MORTIFICACION es igualmente propuesta y definida en el marco concreto de la vida misionera

“Cuando vamos a una misión, no sabemos donde nos alojaremos, ni qué es lo que haremos; nos encontramos con cosas muy distintas de las que esperábamos y la providencia muchas veces echa por tierra todos nuestros planes. Por tanto, ¿quién no ve que la mortificación tiene que ser inseparable de un misionero, no sólo para trabajar con el pobre pueblo, sino también con los ejercitantes, los ordenandos, los galeotes y los esclavos? Porque, si no somos mortificados ¿cómo vamos a sufrir lo que hay que sufrir en todas estas tareas? El pobre padre Le Vacher, del que no tenemos noticias, que está entre los pobres esclavos con peligro de peste, y probablemente su hermano, ¿pueden esos misioneros ver cómo sufren las personas que les ha encomendado la providencia, sin sentir ellos mismos sus penas? No nos engañemos, hermanos míos, los misioneros deben ser mortificados.” (SV XI-4, 589).

Por último, **EL CELO**, que es la llama de la Caridad.

Para san Vicente, es también un modo más concreto y funcional, el contrario de la pereza y del aburguesamiento: *“¡Oh, Salvador! ¡Mi buen Salvador! ¡Quiera tu divina bondad librar a la Misión de este espíritu de ociosidad, de búsqueda de la comodidad, y darle un celo ardiente de tu gloria, que la haga abrazarlo todo con alegría, sin rechazar nunca la ocasión de servirte! Estamos hechos para esto” (SV XI-3 048 [125]. pp.119-123).*

Este es, pues, nuestro espíritu tal y como lo definió San Vicente, precisando la motivación de sus elecciones. No podemos dejar de impresionarnos por su lógica y por la unidad de este conjunto que él construyó: unidad alrededor de la Misión y para la Misión.

Vicente escribe un día a Francisco du Coudray, respecto a la sencillez: *“Es la virtud que más aprecio”* (SV I, 188 [188] pp.309-310) Después de 1617, el universo espiritual de san Vicente, hasta entonces bastante complejo y poco productivo, se unifica profundizándose y simplificándose. Y parece ser que todo lo que se ganó en sencillez, se ganó también para la acción, el compromiso y la Misión.

Sí, la fe de san Vicente nos aparece sencilla y dinámica. Su relación en Dios y su relación con Jesucristo aparecen sencillas, tanto como su lectura del evangelio y su concepción de la santidad. En eso existe una unidad, una coherencia y un dinamismo que todavía hoy son capaces de provocarnos.

Existe un hermoso párrafo en la conferencia de san Vicente a las Hijas de la Caridad sobre el trabajo, un párrafo que nos da alguna idea del modo tan cercano y tan concreto como san Vicente se representaba a Dios: *“Es que el mismo Dios trabaja continuamente, continuamente ha trabajado y trabajará... Dios trabaja... en la producción y conservación de este gran universo, en los movimientos del cielo, en las influencias de los astros, en las producciones de la tierra y del mar, en la temperatura del aire, en la regulación de las estaciones y en todo este orden tan hermoso que contemplamos en la naturaleza, y que se vería destruido y volvería a la nada, si Dios no pusiese en él sin cesar su mano. Además de este trabajo general, trabaja con cada uno en particular; trabaja con el artesano en su taller, con la mujer en su tarea, con la hormiga, con la abeja, para que hagan su recolección, y esto incesantemente y sin parar jamás. ¿Y por qué trabaja? Por el hombre, mis queridas hermanas, por el hombre solamente, por conservar la vida y por remediar todas sus necesidades. Pues bien, si un Dios, soberano de todo el mundo, no ha estado ni un solo momento sin trabajar por dentro y por fuera desde que el mundo es mundo, y hasta en las producciones más bajas de la tierra, a las que presta su concurso, ¡cuán razonable es que nosotros, criaturas suyas, trabajemos, como se ha dicho, con el sudor de nuestras frentes! Un Dios trabaja incesantemente, ¿y podría mantenerse ociosa una Hija de la Caridad? ¡Estará convencida quizás de que no está más que para servir a los enfermos! Y cuando tenga pocos enfermos o no tenga ninguno, ¿se mantendrá inútil?”* (SV IX-1, 042 (28.11.49) pp. 439-452)

De modo muy sencillo pero muy sugestivo, este pasaje nos enseña cómo san Vicente se representaba a Dios como el cercano, presente por todas partes, el implicado directamente en la historia de los hombres "para el hombre, por el hombre solo".

LA EVANGELIZACIÓN

En la experiencia y el pensamiento de san Vicente, la Misión, ya lo hemos visto, se define en primer lugar por la relación a Dios y a Jesucristo. Para san Vicente, ser misionero, es en primer lugar, ponerse en seguimiento de Jesucristo, es seguir a Jesucristo enviado por el Padre. La relación con Jesucristo misionero, es para san Vicente el fundamento, lo esencial de la Misión: *“y de esto es de lo que hacen profesión los misioneros; lo especial suyo es dedicarse, como Jesucristo, a los pobres. Por tanto, nuestra vocación es una continuación de la suya o, al menos, puede relacionarse con ella en sus circunstancias. ¡Qué felicidad, hermanos míos! ¡Y también cuánta obligación de aficionarnos a ella!”* (SV XI-3, 118 (06.12.58) pp.381-398)

San Vicente decía igualmente a las Hijas de la Caridad: “*¡Qué felicidad, hijas mías, que Dios os haya escogido para continuar el ejercicio de su Hijo en la tierra!*” (SV IX-1 009 (09.03.42) pp.71-73).

La palabra continuación que a san Vicente le gusta emplear, expresa bien lo que hay de particular en su relación con Jesucristo: es como una relación de asociados en una misma empresa.

Han observado como es insistente y constante, lo que a falta de algo mejor, llamamos el aspecto funcional o profesional de la espiritualidad vicenciana, una espiritualidad para la acción, inmediatamente traducible en acciones y en compromisos, una espiritualidad para la Misión.

Veremos que san Vicente, consideraba la Iglesia como la empresa, encargada de la evangelización de los pobres, y como él decía: “... *La Iglesia es como una gran mies que requiere obreros, pero obreros que trabajen.*” (SV XI-4 171 pp.733-734). Encontramos aquí otra palabra del vocabulario vicenciano: “*obreros*”, para cualificar a los misioneros e incluso a todos los cristianos en la Iglesia. Lo mismo ocurre con las Hijas de la Caridad, el término “*siervas*” fue más bien profesional que místico: las Cofradías parisinas pedían auténticas siervas y Margarita Naseau se presentó como sirvienta.

San Vicente vivió mucho tiempo antes de la era industrial, y de todos modos, era un campesino; para él se trataba “de los obreros para la siega”, pero lo que quiero subrayar es este aspecto dinámico, práctico, activo y funcional de su espiritualidad.

Jesucristo es pues enviado por el Padre para una Misión, un trabajo. En 1617, Vicente de Paúl tuvo la clara impresión, casi una evidencia, de que Jesucristo lo comprometía en este trabajo y lo tomaba como asociado. Para él, este trabajo consistía en “*dar a conocer a Dios a los pobres, anunciarles a Jesucristo, decirles que está cerca el reino de los cielos y que ese reino es para los pobres*” (SV XI-3, 118 (06.12.58) pp.381-398). El sacerdote y el hermano de la Misión están pues en la Misión PARA evangelizar a los pobres; este fin fue escogido por San Vicente para figurar hasta en el sello oficial de la Congregación de la Misión: *Evangelizare pauperibus*.

Evangelizar...los Pobres...vamos a tomar de nuevo cada uno de estos dos términos para ver de más cerca, lo que Vicente entendía por evangelización y cómo abordaba al pobre para evangelizarle. Pero ante todo necesitamos dedicar alguna atención al fin de la Congregación de la Misión según san Vicente; empleo a propósito la palabra, FIN, en singular. Esta cuestión de la finalidad de la Congregación de la Misión apasionó y dividió a algunas de nuestras asambleas generales, y en las Constituciones, la formulación ha sido a veces más bien vaga: la evangelización de los pobres fue reducida a un símbolo que reunió en un denominador común que reagrupa todos los cálculos. Pero el emblema ha aparecido aún más preciso y más bien comprometedor. De ahí la famosa nota interpretativa en la que se dice: que la evangelización de los pobres es el fin primordial pero no el único, que en si es un criterio suficiente pero no necesario, para la determinación de nuestras obras.

Para razonar así hay que aceptar desolidarizarse o no haber leído a San Vicente. En él la cosa está clara y afirmada sin cesar: sin evangelización de los pobres, nunca habría habido Congregación de la Misión ni Sacerdotes y Hermanos de la Misión. La evangelización de los Pobres, no es una de las razones de ser, es **la** razón de ser de la Congregación de la Misión y de cada uno de sus miembros. Esto se afirma sin el menor equívoco en el contrato fundacional de la Congregación de la Misión realizado el 17 de abril de 1625, y la expresión es muy firme: “*dedicasen por entero y exclusivamente a la salvación del pobre pueblo*” (SV X 99 [59] pp237-241). Esto está recogido en todos los textos oficiales: en el contrato de asociación del 4 de septiembre de 1626, en la aprobación real, en el

contrato de unión del priorato de San Lázaro, del 7 de enero de 1632, en la bula de erección de la Congregación de la Misión del 12 de enero de 1632 (SV X, pp.303-320), etc.

Esta firmeza y esta precisión sobre la finalidad de la Congregación de la Misión no cesarán de confirmarse y subrayarse a lo largo de la correspondencia y de las Conferencias. Lo que de vez en cuando llevará al equívoco, será esta tendencia de confundir fin y opciones u obras. Se ha llegado así a las definiciones de tipo descriptivo: a la evangelización de los pobres, se añadió por ejemplo la obra de los Seminarios, luego en nuestras Constituciones de 1954, se añadieron las obras de Caridad y de educación. Es cierto que este proceso era ya perceptible en tiempo de san Vicente, encontramos indicios en el texto de nuestras Reglas comunes, en las que el fin de la Congregación estaba presentado en tres títulos de capítulos:

- 1) *propriae perfectioni studere*,
- 2) *evangelizare pauperibus, maxime ruricolis*,
- 3) *ecclesiasticos adjuvare*.

San Vicente, como todo fundador, al pedir el reconocimiento de Roma debió sin duda, aceptar el estilo de género literario, por otra parte bien comprensible en materia canónica. Pero la interpretación auténtica de nuestras Reglas comunes, es el mismo san Vicente quien nos las ha dado principalmente en la conocida charla del 6 de diciembre de 1658, y a lo largo de su correspondencia y de sus Conferencias.

Por lo que se refiere al: *propriae perfectioni studere* (aplicarse en su propia perfección), por ejemplo, en ningún momento y de ningún modo, no ha podido tratarse, para san Vicente, de un fin más o menos distinto e independiente de la Misión. La perfección que nos proponía era efectivamente la del Misionero a imagen y en seguimiento de Jesucristo, “Misionero del Padre enviado a los Pobres”; tal fue ciertamente la santidad de san Vicente, y es en esta misma santidad en la que estamos llamados a participar. Tendríamos que introducir aquí, a modo de prueba o ejemplo, una reflexión sobre la oración según san Vicente; reflexión que se apoyaría en los textos en los que san Vicente aborda este tema, tanto con los sacerdotes de la Misión como con las Hijas de la Caridad. Aquí aún constatamos que san Vicente conocía los métodos de oración clásicos y tradicionales. Los expuso honestamente después de que claramente, expresara su preferencia.

Para san Vicente, la oración es indiscutiblemente un tiempo fuerte de la vida espiritual; pero es un tiempo fuerte en la misión y para la misión. En la oración, es el misionero quien se interroga ante “Jesucristo Misionero”. ¿La oración? es el hoy, evocado ante Jesucristo, el Enviado a los Pobres. San Vicente daba como modelo de oración la oración del presidente: “*Examino de antemano lo que tengo que hacer durante la jornada, y de allí derivan todas mis resoluciones.*” (SVIX-1, 004.(02.08.40) pp.44-51). Habría que volver a leer los pasajes en los que san Vicente denuncia todas las formas de oración que se separaban de la vida y del hoy...pero no podemos detenernos demasiado.

En resumen, todo lo que nos dice san Vicente lleva a considerar la *propriae perfectioni studere*, como incluso en *l’Evangelizare pauperibus*.

En cuanto a la ayuda a los eclesiásticos de la que ya hablamos en algunos textos anteriormente citados, manifiesta, que en la concepción de san Vicente, esta obra en relación con la evangelización de los pobres estaba, de hecho, considerada como un medio. No recuerdo más que dos pasajes muy

conocidos: “...trabajar por la salvación de las pobres gentes del campo, ya que es ésta nuestra vocación, y de corresponder a los designios eternos que Dios tiene sobre nosotros ... trabajar por la salvación de las pobres gentes del campo, y todo lo demás no es más que accesorio; pues no hubiéramos nunca trabajado con los ordenandos ni en los seminarios de eclesiásticos, si no hubiésemos juzgado que esto era necesario para mantener al pueblo y conservar el fruto que producen las misiones cuando hay buenos eclesiásticos, imitando en esto a los grandes conquistadores, que dejan una guarnición en las plazas que ocupan, por miedo a perder lo que han conquistado con tanto esfuerzo. ¿Verdad que nos sentimos dichosos, hermanos míos, de expresar al vivo la vocación de Jesucristo?...” (Coste XI-3, 019.(25.10.43) pp.55-58).

Y el segundo: “Pero quizás diga alguno: «¿Y si se me encarga de los ordenandos o de los seminaristas?». Esto está bien, cuando Dios quiere que nos ocupemos de ellos y la obediencia nos lo ordena; entonces, que sea en hora buena; pero incluso entonces, por lo que a nosotros respecta, deberíamos sentirnos como en una situación violenta, ya que, como os he dicho, se trata de cosas accesorias y no principales.” (Coste XI-3, 019.(25.10.43) pp.55-58).

Ya saben que las expresiones: capital, principal, accesorio, san Vicente las repite con frecuencia. El principal o el capital, es siempre la evangelización de los pobres y nada más. Lo accesorio, es sencillamente el resto. El fin de la Congregación de la Misión y el que persiguen todos los que entran en ella, es el de la evangelización de los pobres; esta es la razón de ser de la una y de las otras. Es también el criterio que presidió la organización del Instituto, en sus estructuras, en su vida comunitaria y en la larga y difícil discusión sobre los votos.

Para san Vicente, la Congregación es un instrumento de la evangelización de los pobres. Su primera cualidad y su primera obligación, es estar adaptado o adaptarse sin cesar a las necesidades de la evangelización. No creo que sea necesario insistir en otros puntos: la flexibilidad, la adaptabilidad y la movilidad sobre todo, que san Vicente exigía de sus fundaciones y de sus miembros.

El fin de la Congregación de los sacerdotes de la Misión, era también para san Vicente...por más que lo diga la nota de las Constituciones...el criterio de elección de las opciones y de los compromisos. Además se ve mal, como en buena lógica podía haber sido de otra manera. Lo hemos visto más arriba en la obra de los seminarios: “... si no hubiésemos juzgado que esto era necesario...” Podríamos comprobarlo en cada una de las numerosas opciones que san Vicente aceptó, tanto para las Cofradías como para los sacerdotes de la Misión o las Hijas de la Caridad. Es así como en su conferencia del 6 de diciembre de 1658, san Vicente no ve ninguna contradicción entre un fin claro y exclusivamente definido y una multitud de diversas opciones. Esto no es más que un problema de interés histórico o canónico; es un problema de equilibrio pastoral y espiritual para cada uno de nosotros hoy. El razonamiento que tiene san Vicente, a partir de la finalidad de nuestra Congregación, para aceptar y justificar sus opciones, tenemos que hacerlo nosotros mismos, situándonos constantemente con relación a nuestra única razón de ser: la evangelización de los pobres.

PERO ¿QUÉ ES LA EVANGELIZACIÓN PARA SAN VICENTE?

Sencillamente, san Vicente ha partido de la concepción tradicional generalmente recibida de su tiempo. Luego, progresivamente, su experiencia pastoral y misionera y la de sus Institutos lo llevaron a una concepción tradicional cada vez más amplia y completa, bastante parecido a lo que pensamos y vivimos hoy.

I – Es inútil volver a la teología de la evangelización al comienzo y en la primera mitad del siglo XVII. Esta es una **teología** concebida en período de cristiandad y **para un período de cristiandad**, es decir que el problema presentado no es tanto el de la fe como tal, sino más bien el de una práctica y una vida religiosa y moral en lógica con la fe. De ahí la importancia concedida a la sacramentalización y más particularmente, a la confesión general. En un primer tiempo san Vicente construirá la misión sobre el tipo de un buen retiro parroquial. Precisamente, es curioso constatar el paralelismo entre las consignas que san Vicente da para un retiro individual o colectivo en San Lázaro, por ejemplo, y el ritmo habitual de una misión parroquial, al menos al principio. En un primer tiempo, la evangelización era para san Vicente, un intento por situar la vida moral y práctica religiosa, en conformidad con la fe, supuestamente adquirida y recibida.

II – Sin embargo, dos elementos vienen ya a perturbar un poco esta teología pastoral, con apariencias bastante serenas. Por un lado está **la división del Iglesia**, y por otro el **progreso de las misiones exteriores**: el encuentro de los no-cristianos. Estos dos elementos van a tener una profunda repercusión entre ellos, tanto en el plano de la reflexión teológica, como en el de la práctica pastoral y misionera.

El primer elemento incumbe a los hugonotes, (**la división de la Iglesia**) y el asunto aparecía sencillo para la mayoría de los contemporáneos de san Vicente: no podía ser cuestión más que de un debate enérgico, llegando bien a la condena o a la abjuración. Sin embargo, pastoralmente, el comportamiento de san Vicente en este punto preciso apareció muy matizado y respetuoso. Para él los hugonotes, al menos los más sinceros y los más convencidos, podían interpelar saludablemente a la Iglesia. No ignoran ustedes que en un momento muy importante de su evolución, san Vicente aceptó dejarse interpelar. Tendríamos que volver a tomar atentamente el pasaje de SV XI-4, 167. pp727-730.

“San Vicente hizo un día a su comunidad el relato de la conversión de un hereje, que el mismo había acompañado a la verdadera fe. Antes de convertirse, el hugonote rogó al santo resolverle una objeción : «Señor, le dijo el hereje, dice usted que la Iglesia de Roma está dirigida por el Espíritu Santo, pero yo no lo puedo creer, puesto que por una parte se ve a los católicos del campo abandonados en manos de unos pastores viciosos e ignorantes, que no conocen sus obligaciones y que no saben siquiera lo que es la religión cristiana; y por otra parte se ven las ciudades llenas de sacerdotes y de frailes sin hacer nada; puede ser que en París haya hasta diez mil, mientras que esas pobres gentes del campo se encuentran en una ignorancia espantosa, por la que se pierden. ¿Y quiere usted convencerme de que esto está bajo la dirección del Espíritu Santo?; no puedo creerlo».

Muy impresionado por esta objeción, el santo respondió al hereje: *“que estaba mal informado de lo que hablaba, pues en muchas parroquias había buenos párrocos y coadjutores, que entre los eclesiásticos y religiosos que abundan en las ciudades había muchos que iban a catequizar y a predicar al campo, que otros se dedicaban a rezar a Dios y a cantar sus alabanzas de día y de noche, mientras que algunos servían útilmente al público por los libros que componían, la doctrina que enseñaban y los sacramentos que administraban; que si había algunos inútiles y que no cumplían debidamente con sus obligaciones, eran hombres particulares sujetos a debilidades; pero que no son ellos la Iglesia. Que, cuando se dice que la Iglesia está guiada por el Espíritu Santo, esto se entiende en general, cuando está reunida en los concilios, y también en particular, cuando los fieles siguen las luces de la fe y las reglas de la justicia cristiana; pero en cuanto a los que se apartan de ellas, resisten al Espíritu Santo y, aunque sean miembros de su Iglesia, son sin embargo de los que viven según la carne, como dice san Pablo, y que morirán ”* El hereje no se convenció. Al año siguiente, Vicente de

Paúl vuelve a Montmiral con el Padre Féron entonces bachiller en teología, posteriormente doctor de la Sorbona y arcediano de Chartres, M. Duchesne doctor en la misma facultad y arcediano de Beauvais, y algunos sacerdotes y religiosos amigos ; fue a dar la misión en este lugar y en las aldeas de los alrededores. El hereje tuvo la curiosidad de asistir a las predicaciones y a las catequesis; vio el cuidado que se ponía por instruir a los que ignoraban las verdades necesarias a su salvación, la caridad con la que se adaptaban a la debilidad y lentitud de entendimiento de los más toscos, y los maravillosos efectos que el celo de los misioneros operaba en el corazón de los más grandes pecadores. Llorando de emoción, se acercó al santo y le dijo: “ *Ahora es cuando he visto que el Espíritu Santo guía a la Iglesia romana, ya que se preocupa de la instrucción y la salvación de estos pobres aldeanos. Estoy dispuesto a entrar en ella, cuando quiera usted recibirme*». Le preguntó entonces el padre Vicente si no lo quedaba ya ninguna otra dificultad. «*No, le respondió, creo que todo lo que usted ha dicho y estoy dispuesto a renunciar públicamente a todos mis errores*».

El santo le interrogó y después de haberse asegurado de que el nuevo convertido conocía bien los puntos esenciales de la doctrina católica, le informó que recibiría su abjuración y la absolución de su herejía en la iglesia de Marchais, cerca de Montmirail, donde se estaba haciendo la misión. Ese día, al finalizar la predicación de la mañana, Vicente de Paúl llamó por su nombre, en alta voz, al convertido y le preguntó públicamente si aún estaba dispuesto a adjuar de sus errores. Después de haber respondido afirmativamente el antiguo calvinista añadió, mostrando en la iglesia una imagen de la Santísima Virgen toscamente esculpida: «*No puedo creer que haya ningún poder especial en esa piedra*», y señaló la imagen que estaba frente a él. A lo que el santo replicó « *que la Iglesia no enseñaba que hubiese ninguna virtud en esas imágenes materiales a no ser cuando Dios se la quería comunicar, como puede hacerlo y como hizo otras veces con la vara de Moisés, que realizaba tantos milagros y que los propios niños se lo podrían explicar*» Entonces, dirigiéndose a uno de los más instruidos, le preguntó que es lo que enseña la Iglesia sobre las sagradas imágenes: El niño respondió: «*Es conveniente rendirles el honor debido, no por la materia de que están hechas, sino porque representan a nuestro señor Jesucristo, a su gloriosa Madre y a los santos del paraíso, que habiendo triunfado sobre el mundo nos exhortan por medio de esas imágenes mudas a seguirles en su fe y en sus buenas obras*».

Muy bien respondido. El santo repitió las palabras del niño, e hizo confesar a su interlocutor que resolvían plenamente la dificultad propuesta. Remitió a otro día la ceremonia de la abjuración, para dar a la fe del nuevo converso el tiempo de consolidarse. En efecto, se consolidó tan bien que después de la profesión pública del catolicismo, nada la pudo cambiar. “*¡Oh! qué dicha para nosotros los misioneros, añadía san Vicente después de haber relatado esto, poder demostrar que el Espíritu Santo guía a su Iglesia, trabajando como trabajamos por la instrucción y la santificación de los pobres*».

En esta actitud de Vicente que se deja interpelar y discutir, hay ya algo más en él que en la mayoría de sus contemporáneos. Por otra parte, se conoce la amplitud y prudencia de las consignas que daba a sus Misioneros sobre este tema.

Escribía a Guillermo Gallais, superior de Sedan a propósito de un pleito oponiendo un católico a un hugonote: “*... que sabe usted de si el católico tiene justos motivos en su demanda? Hay mucha diferencia entre ser católico y ser justo.* ” (SV II, 376).

Escribía, en noviembre o diciembre de 1659, al Hermano de la Misión Felipe Patte, cirujano en Nantes: “*Estoy muy afligido al saber que irán algunos herejes en su barco y por consiguiente que habrá mucho que sufrir por parte de ellos. Pero, en fin, Dios es el dueño y lo ha permitido así por*

razones que no conocemos; quizás para obligarle a ser más recatado en su presencia, más humilde y más devoto para con Dios y más caritativo con el prójimo, para que ellos vean la belleza y la santidad de nuestra religión y por ese medio se vuelvan a ella. Habrá que evitar con mucho cuidado toda clase de disputas y de discusiones con ellos, mostrarse amable y afectuoso aunque se metan con usted o hablen en contra de nuestras creencias y nuestras prácticas. La virtud es tan bella y amable que se verán obligados a amarla en usted, si la practica bien. Hay que desear que, en los servicios que le haga a Dios en el barco 2, no haga acepción de personas y no establezca ninguna diferencia entre los católicos y hugonotes, a fin de que éstos se den cuenta de que usted los ama en Dios. Espero que sus buenos ejemplos sirvan a los unos y a los otros. Tenga cuidado de su salud, por favor, y de la de nuestros misioneros...” (SV VIII, 167-168)

San Vicente escribía a Juan Martín el 23 de mayo 1659: *“La conversión de los herejes, lo mismo que la de los pecadores, es obra de la pura misericordia de Dios y de su omnipotencia, que llega antes cuando no se piensa en ella que cuando se la busca. Sin embargo, no hay que dejar de trabajar en ello siempre que se presente la ocasión, porque así lo quiere Dios”* (SV VII, 481-482)

Estos comentarios y consignas pueden hoy parecernos bastante tímidos; pero en el siglo XVII y tal vez, incluso hace treinta o cuarenta años, daban testimonio de un espíritu muy **abierto y pre-ecuménico**.

El segundo elemento que en tiempo de san Vicente, atenuaba la serenidad de la evangelización de la cristiandad y su lado un poco formalista, fue **la experiencia y la expansión de las misiones “ad gentes”**. Después de las grandes expediciones y descubrimientos de los siglos XV y XVI, un nuevo campo de acción apostólica se abría a los pioneros de la evangelización.

La Iglesia de cristiandad y los teólogos se encontraban ante una situación pastoral inédita, o más bien, olvidada desde hacía tiempo. Sin retrasarnos, observemos que es entonces cuando se define una especie de teología del mínimo vital y una sacramentalización de urgencia: el bautismo por supuesto, y las conocidas “verdades necesarias para la salvación”.

Sin embargo, si hablo de ello con motivo de la evangelización según san Vicente, es porque desde las primeras misiones predicadas en tierras de los Gondi, san Vicente parece aplicar espontáneamente esta teología del mínimo vital y esta pastoral de urgencia a las pobres gentes del campo. Esto es tan real que más tarde, cuando los misioneros tendrían que contactar con el paganismo en Madagascar o en otra parte, no tendrán que cambiar de proyecto y de mentalidad misioneras. Sería interesante estudiar las cartas del señor Nacquart y del señor Bourdaisé a este propósito.

CONCLUSIÓN DE ESTA REFLEXIÓN SOBRE LA EVANGELIZACIÓN DE LOS POBRES SEGÚN SAN VICENTE

Muy pronto en su proyecto de evangelización y en su acción misionera, san Vicente desplaza el problema para centrarlo, no en una vida y una práctica que debe organizarse en función de una fe, sino en la fe misma y en el amor a Jesucristo. San Vicente se había impresionado y emocionado por lo que él llamaba “la ignorancia de las pobres gentes”, una ignorancia de la que además hacía a los sacerdotes responsables; y ya conocen algunas críticas muy severas de san Vicente a este respecto: *“... Porque son ellos los que la pierden y la arruinan; es demasiado cierto que la depravación del estado eclesiástico es la causa principal de la ruina de la Iglesia de Dios. Hace pocos días estuve en una reunión, donde había siete preladados, que, al reflexionar sobre los desórdenes que se ven en la Iglesia,*

decían públicamente que la causa principal de los mismos eran los eclesiásticos. Porque son ellos los que la pierden y la arruinan; es demasiado cierto que la depravación del estado eclesiástico es la causa principal de la ruina de la Iglesia de Dios... ” (Coste XI-3, 064.(xx.09.55). pp.204-207). Lo que san Vicente reprocha con tanta vehemencia a los sacerdotes es su vida, pero por encima de todo, sus faltas profesionales, es decir, su responsabilidad en la ignorancia de las pobres gentes y la desaparición o las desviaciones de la fe. Desde entonces tiene en su concepción de la evangelización, cada vez más acentuada, la importancia del anuncio, a costa de lo que hoy llamamos: el culto. Para Vicente, ya lo he recordado antes, evangelizar era: *“dar a conocer a Dios a los pobres, anunciarles a Jesucristo, decirles que está cerca el reino de los cielos y que ese reino es para los pobres”* (SV XI-3, 118.(06.12.58) pp.381-398

Y está bien porque san Vicente considera la evangelización incluso en pleno período de Cristiandad, en primer lugar como un anuncio, en el que centra todo su esfuerzo de animación misionera y de formación, en dos intervenciones pastorales: la predicación y la catequesis. No tenemos demasiado tiempo para desarrollar estos dos puntos. Desde luego los métodos han envejecido y hoy tienen poca cosa que enseñarnos...pero, sin duda, podremos sacar provecho de la lectura de SV XI-3 164-187, 161-164, 275-280 ; XI-4 575-582; X, 34-39

Para la predicación, de la que con frecuencia no se retuvo más que los consejos sobre el pequeño método, san Vicente insistió sobre todo en dos puntos: el Evangelio y ... "bajar a detalles".

* **El Evangelio** en primer lugar, es lo que los Misioneros tienen que anunciar, y nada más. Lo recuerda muchas veces: el Evangelio debe anunciarse sencilla, sobria y naturalmente, como Jesucristo y los apóstoles lo hicieron: *“Dios está con los sencillos y humildes, les ayuda, bendice sus trabajos, bendice sus empresas. ¡Pues qué! ¡Creer que Dios ayudará a una persona que intenta perderse! ¡Que ayuda a un hombre a perderse, como hacen los que no predicán con sencillez y humildad, sino que se predicán a sí mismos, etcétera, es algo que ni siquiera puede uno imaginarse! Queridos hermanos míos, si supieseis qué mal está predicar de una forma distinta de como lo hizo nuestro señor Jesucristo aquí en la tierra, como lo hicieron los apóstoles y como lo hacen hoy todavía muchos siervos de Dios, tendríais horror de ello.”* (Coste XI-3, 105. (08.06.58) pp.336-341).

El segundo punto esencial es **“bajar a detalles”**: *“Hay que conseguir que la moral les resulte familiar, y bajar siempre a los detalles, para que la entiendan y comprendan bien; hay que buscar siempre eso, que los oyentes pueden referir todo lo que han oído en la charla.”* (Coste XI-4, 152. pp.706-707). Encontramos aquí una de las constantes de la espiritualidad de san Vicente: una fe que no se expresa, y que no se prueba en la vida y en los hechos, es una ilusión. Anunciando el evangelio a los pobres, aseguramos siempre el encuentro entre la Palabra de Dios que anunciamos y las situaciones concretas que viven los pobres. No hemos conservado demasiados sermones y homilias de san Vicente. Sin embargo sabemos que era muy concreto y muy convincente. Tanto en Folleville, como en Châtillon, bajó a lo particular, y puso en relación estrecha, el Evangelio y una situación particular concreta; ustedes saben cuáles fueron los resultados.

Ahí también estaba la experiencia que llevó a san Vicente a este tipo de predicación sencillamente evangélica y directamente aplicada, traducida y adaptada a situaciones y compromisos concretos.

Para el catecismo, san Vicente fue aún más innovador. Terminó incluso por concederle más importancia que a la predicación: *“...he sentido mucho saber que, escribía a un misionero hacia 1657,*

en vez de tener el catecismo mayor por las tardes, ha pronunciado usted sermones en la última misión. No se debe hacer eso:

1. porque el predicador de- la mañana puede estar quejoso de esta segunda predicación;
2. porque el pueblo tiene más necesidad de catecismo y se aprovecha más de él;
3. porque al tener este catecismo, parece como si se pudiera honrar mejor la manera con que Nuestro Señor Jesucristo instruía y convertía a las gentes;
4. porque eso es lo que nosotros practicamos y ha querido Nuestro Señor dar muchas bendiciones a esta práctica, en la que hay más medios de ejercer la humildad". (Coste VI, pp.357-358).

Y también : "Todo el mundo está de acuerdo en que el fruto que se realiza en la Misión se debe al catecismo; y afirmando esto últimamente una persona de calidad, añadió que los misioneros se esforzaban todos en predicar bien, pero que no sabían hacer el catecismo, y dijo esto en mi presencia y en la de una buena compañía. En el nombre de Dios. Padre, advierta esto a la compañía de allí. Mi pensamiento es que los que trabajen, tienen que hacer uno el catecismo mayor y el otro el catecismo menor solamente, y hablar dos veces al día. Y se pueden llevar al catecismo algunas moralidades para impresionar; pues, como he dicho, se advierte que todo el fruto viene de allí." (SV I, 438-442).

En las misiones, en efecto, el catecismo de la mañana y de la tarde, constituía la parte importante del día; lo que llevaba a san Vicente a preferirlo a la predicación, era en forma dialogada y la necesidad de una mayor sencillez, las preguntas del auditorio y sus respuestas, obligaban a los misioneros a situarse al nivel del buen pueblo, y a ajustarse a él. En SV X- pp.200-205, tenemos toda una lección de catecismo sobre la señal de la Cruz a los obreros del Nombre de Jesús animado por san Vicente. En el podemos medir entre otras cosas, la calidad de su pedagogía, que no sería más que para dar confianza a su auditorio: "Así pues, éstas son las dos principales razones que tenéis para aprender bien. Voy a empezar a preguntaros; aunque no sepáis responder bien, no os preocupéis de ello. Os preguntaré si sabéis hacer bien la señal de la cruz; aunque no lo sepáis, no tenéis que apenaros por ello. No sois los únicos que no lo sabéis. ¡Cuántos hay en la corte, y hasta presidentes, que no la saben hacer! Esto tiene que animaros a superar la vergüenza que sentimos muchas veces cuando no sabemos contestar a lo que nos preguntan. Es el orgullo el motivo de esa vergüenza, porque siempre nos gusta aparentar más de lo que somos y sabemos. Tenéis que hacer como esas buenas gentes del campo que demuestran tantas ganas de saber que vienen ante nosotros y nos dicen: "Padre, tengo mucho miedo de no saber todo lo que es menester que yo sepa. No me ha instruido nadie. Haga el favor de preguntarme para ver qué es lo que sé". Fijaos bien, hijos míos, cómo esas buenas gentes no tienen vergüenza de parecer ignorantes." (SV X, 085 [49]. pp.200-205).

San Vicente prefería el **catecismo ocasional y espontáneo** a esta forma de catecismo organizado e institucionalizado: Al comienzo de la compañía, recuerda san Vicente en la conferencia del 17 de noviembre de 1656 sobre la obligación de catequizar a los pobres, y cómo seguíamos exactamente la práctica de no dejar que pasase ninguna ocasión de enseñar a un pobre, si veíamos que lo necesitaba fueran los sacerdotes, los clérigos que había entonces, o los hermanos coadjutores, cuando iban o venían de algún sitio. Si se encontraban con algún pobre, con algún niño, con algún buen hombre, hablaban con él, veían si sabía los misterios necesarios para la salvación; y si se daban cuenta de que no los sabía, se los enseñaban. No sé si ahora son todos tan cuidadosos en observar esta santa

práctica; me refiero a los que van al campo, cuando llegan a alguna posada o por el camino” (SV XI-3, 085 (17.11.56) pp.266-272).

Esta forma de catecismo y de evangelización fue la preferida de san Vicente, sencillamente porque encontraba al hombre en su vida y su trabajo concreto. Siguiendo esta misma conferencia, evoca el ejemplo de Nuestro Señor “*Nuestro Señor cuando fue a sentarse en la piedra que había junto al pozo, desde donde empezó a instruir a aquella mujer, pidiéndole un poco de agua: «Mujer, dame un poco de agua», le dijo (Evangelio de Juan 4,7). Y así se les puede ir preguntando a cada uno: «¿Qué hay? ¿Qué tal esos caballos? ¿Cómo va esto? ¿Cómo va aquello? ¿Qué tal va usted?»; y así, empezar por algo semejante, para pasar luego a nuestro intento” (Coste XI-3, 085.(17.11.56) pp.266-272). Partir de las realidades de la vida, como Jesús con la Samaritana, para llegar al anuncio del Reino; san Vicente conocía ya lo que muchos consideran hoy como un descubrimiento.*

Partir, pues, de una concepción bastante formalista y estrecha de la evangelización y de una primera experiencia misionera centrada en la práctica religiosa, particularmente en la confesión general, san Vicente desplaza progresivamente, el objetivo y lo orienta hacia la Fe y el anuncio; de ahí la importancia dedicada a la predicación y a la catequesis, las dos que deben poner el Evangelio en contacto directo con la vida concreta de la gente y particularmente, de los pobres.

Pues si la evangelización se instalara en el anuncio, estaría mutilada, incluso sería una mentira. **La evangelización debe llegar a hacer efectivo el evangelio.** Por eso san Vicente denuncia a los misioneros que querrían quedarse en la parte cultural o estrictamente pastoral: “*..., si hay algunos entre nosotros que crean que están en la Misión para evangelizar a los pobres y no para cuidarlos, para remediar sus necesidades espirituales y no las temporales, les diré que tenemos que asistirles y hacer que les asistan de todas. Hacer esto es evangelizar de palabra y de obra; es lo más perfecto...*” (SV XI-3 118.(06.12.58) pp.381-398).

Para ilustrar este progreso decisivo, tendríamos que volver a coger todas las realizaciones sociales y caritativas de san Vicente y ver cómo, haciendo esto, se valoraba en pleno trabajo de evangelización.

Es en este nivel, sobre todo, en el que san Vicente llega a la idea de que la evangelización no sólo es trabajo del clero, sino que es **un asunto de todos**. Sobre este punto, hay textos dignos del Vaticano II: “*Ningún cristiano que no sea misionero por naturaleza y por vocación*”. La evangelización proviene de la vocación bautismal, no de la vocación ministerial y sacerdotal. Y esto porque se evangeliza tanto, y a veces más, por la fuerza de los brazos y el sudor de nuestras frentes, que por el ruido de los sermones y los olores del culto. Sobre este punto preciso, san Vicente habla el mismo lenguaje a los sacerdotes, a los Hermanos de la Misión, a las Hijas de la Caridad y a los laicos. Este compete también, muy directamente, a las Hijas de la Caridad y a los militantes de los que ustedes se ocupan.

En la prolongación de esta reflexión, traten de preguntarse sobre sus propias concepciones en materia de evangelización, sobre sus compromisos y comportamientos en la Iglesia y el mundo de hoy. Lo que hemos hablado, nos ha conducido al corazón y a lo esencial de nuestra vocación vicenciana.

Alguna conciencia triste podría precisarse, de la implicación tan total de la fe en la relación con el pobre y la identificación con Jesucristo y el pobre podrían resentirse como una especie de frustración en la relación. Diremos que es al hombre al que hay que encontrar, es al hombre al que hay que dar la totalidad de su atención y su compromiso; no se puede al mismo tiempo preocuparse de alguien más,

sería el mismo Jesucristo. De este modo, la búsqueda de Jesucristo en el pobre, tendría para algunos algo de nocivo.

Gracias a Dios, san Vicente no se analizó en este punto; esto no le hubiera dejado mucho tiempo para actuar. Pero, si alguien le hubiera hecho esta objeción, san Vicente hubiese respondido sin duda, lo que él acostumbraba a responder, a aquellos que no llegan nunca a comprometerse y a actuar. De cualquier modo, la fe de san Vicente, esta fe que limita con la evidencia vivida de la presencia de Jesucristo en el pobre, nunca le llevó a escamotear nada, ya sea en la persona del pobre, o en el peso de su condición social.

No queda más que evocar rápidamente la extraordinaria unidad que **la mística de la relación con el pobre** realizó en su vida y su espiritualidad.

San Vicente fue un hombre de experiencia, para quien lo vivido fue espontáneamente reflexionado, meditado, integrado. Hubo un proceso de una lógica y una constante impresionantes. Es así como el acontecimiento de Châtillon a la luz del evangelio de Mateo (XXV, 31) fue su camino, y poco a poco se convirtió en la clave de bóveda del edificio y del equilibrio. Todo se organizó más o menos conscientemente, en torno a esta afirmación-evidencia *“Jesucristo está en el pobre, tan cierto como estamos aquí”*.

Es así, por ejemplo, como lo que se vivió en tensión y en conflicto, se ha convertido para él de una sencillez extrema. Es desde que Jesucristo estaba en el pobre, Fe y Misión, Fe y Servicio, Fe y Vida estuvieron en perfecta continuidad. Se tratase de la oración y del servicio, la competencia no era ya un problema: *“Hijas mías, el servicio de los pobres tiene que preferirse siempre a todo lo demás.”*. Con un principio, emitido de manera tan categórica, no hay demasiadas excepciones posibles, por buenas que sean. Y san Vicente precisa: *“Podéis incluso dejar de oír misa los días de fiesta, para tener buena medida, añade: “...pero solamente en casos de gran necesidad”* Éste es, por otra parte el razonamiento sobre el que se apoya el principio tan interesante: *“De esta forma, estad seguras de que sois fieles a vuestras reglas, y más todavía, va que la obediencia es considerada por Dios como un sacrificio. Es Dios, hijas mías, a quien queréis servir. ¿Creéis que Dios es menos razonable que los amos de este mundo? Si el amo dice a su criado: «Haz esto» y, antes de que sea ejecutada su orden, pide otra cosa, no verá mal que el criado deje lo que se mandó en primer lugar; por el contrario, se quedará contento de ello. Lo mismo pasa con nuestro buen Dios. El os ha llamado a una Compañía ... os ha dado unas reglas; si, mientras las practicáis, os pide otra cosa, id pues, a lo que os ha mandado, hermanas mías, sin dudar de que se trata de la voluntad de Dios.”* (SV IX-1, 021.(22.01.45) pp. 208-217). Lo que hay de destacable y significativo en este texto, para nosotros que queremos conocer la espiritualidad de san Vicente y su experiencia espiritual, es la facilidad y la espontaneidad con las que san Vicente confunde e identifica en un solo ser, el Dios que habla en la regla, el Dios de la oración, el Dios de la misa y el Dios presente en el pobre. Para él, sencillamente, es el mismo Maestro que en primer lugar pide una cosa y seguidamente pide otra. Es el “dejar por Dios”. Viendo a Jesucristo en el pobre, Vicente constata que todo parece unificarse en una continuidad en su fe y su vida: la oración, la eucaristía, la misión, el servicio. Para llegar a esta unidad de fe y de vida, le bastó encontrar verdaderamente a Jesucristo en un pobre.

Gracias a Dios, nosotros estamos atentos a los valores evangélicos que viven los pobres. Hoy, san Vicente nos invita a ir más lejos y más profundamente, más lejos que estos mismos valores, hasta el encuentro de la persona viva de Jesucristo, incluso si lo que llegó a ser evidente para el místico

Vicente de Paúl, para muchos de nosotros corre el riesgo de no ser más que un interminable esfuerzo de fe.

Para terminar esta reflexión, interroguémonos personalmente y en verdad, sobre la calidad de nuestra relación con el pobre a nivel social, pastoral y místico. Como san Vicente, tenemos que mantener estas tres dimensiones, incluso si la tercera debe alimentar y animar las otras dos. Que san Vicente nos ayude a progresar en la meditación, la inteligencia y la aplicación de Lucas 4, 18 y de Mateo 25, 31, estos textos que constituyen las verdaderas luces y los grandes ejes de la reflexión y de la experiencia espiritual de san Vicente.

(continuará)

Padre Juan MORIN, cm

Testimonio de las Hermanas

Provincia de Bogotá (Colombia)

“CIEVI”

Encuentro de formación continua

para América latina y el Caribe

El Centro Internacional de Estudios Vicentinos (CIEVI) ha cumplido en 2011, once años de existencia al servicio de la Hijas de la Caridad de los países de América Latina y el Caribe,

Fue creado como respuesta a la inquietud de las Visitadoras de las Provincias del Continente Latino Americano siendo su objetivo proponer un espacio común de formación continua para las Hijas de la Caridad de diversas edades y servicios, nacionalidades y culturas, con el fin de profundizar en el carisma y la espiritualidad de nuestros Santos Fundadores. Se lleva a cabo mediante una relectura de la realidad actual y un discernimiento de los retos encontrados en el mundo actual.

Participar en CIEVI consiste en una experiencia comunitaria internacional de tres meses: este año las participantes vienen de América Central, Argentina-Uruguay, Brasil (Curitiba y Río de Janeiro), Bolivia, Cuba, Colombia (Bogotá y Cali), Chile, Ecuador, México, Paraguay, Perú, República Dominicana. Es una experiencia de formación con tiempos fuertes de oración y fraternidad, investigación, trabajos de grupo, elaboración de proyectos, tiempos de expansión. Los ponentes y las metodologías son variadas conduciéndonos a descubrir, asimilar, reflexionar, intercambiar, profundizar.

La temática proporcionada durante los tres meses comprende diversos aspectos que tienen que ver con el crecimiento humano, pastoral y vicentino. Es necesario conocer aspectos importantes como el estudio de la realidad actual de América Latina y el Caribe, la doctrina Social de la Iglesia, la animación bíblica de la Pastoral, características propias de las Hijas de la Caridad, el carácter mariano de la Compañía, el contexto de Francia en tiempo de los Fundadores, la cristología de san Vicente y santa Luisa, la historia de la Compañía.

Cada semana las Hermanas de una Provincia se la presentan a las demás participantes, recordando los comienzos de la Provincia, su historia y la realidad actual, elementos de la cultura (valiéndose de una presentación audiovisual y la exposición de objetos, del folklore y la artesanía del país). La última semana del encuentro las Hermanas presentan el fruto de su trabajo y sus proyectos, recibiendo un diploma de la Universidad San Buenaventura. Al colaborar con CIEVI, la Universidad participa en la elaboración del programa y en la animación del encuentro.

Nuestro agradecimiento especial al equipo de coordinación de CIEVI y a las Hermanas de las diferentes comunidades locales que nos apoyan con su oración. Un agradecimiento especial a la Compañía que nos ha ofrecido esta oportunidad de formación sin ningún mérito por nuestra parte. Nosotras nos comprometemos a ser mejores Hijas de la Caridad y a compartir con nuestras Hermanas y con los pobres todo este tesoro que la Providencia, por pura gracia, nos ha ofrecido.

Las participantes del CIEVI 2011

El que ama
no se mira,
sino que se convierte en un espacio
para acoger al otro.

No se puede amar de verdad
más que en el abandono,
haciendo de uno mismo
un espacio ilimitado
para acoger al otro.

Siempre es tiempo de amar.
no nos entretengamos en nuestro pasado,
sino para acordarnos de la misericordia
que hoy nos libera.

Maurice Zundel
Extracto de "*Dieu n'habite pas derrière les étoiles*"